

J. Lallemand

Mariam



Endologia

D.J.57

MARIAM

J. Lallemant

Endología

Título original:

MARIAM

Reservados todos los derechos

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Derechos de Autor

© 2019 J. Lallemand

Bogotá D.C., Colombia

Cubierta: StockSnap, Pexels (pixabay)

;

Primera edición

ISBN: **978-1-089-39405-1**

Bogotá D.C.

Colombia

2019

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX

I

Yo entré esa noche lleno de todo el amor que me fue posible y, casi que instintivamente, la busqué con la mirada en el sitio más oscuro de la alcoba. Ella estaba desnuda, tiritaba, parecía recorrer su cuerpo con cierto asomo de desprecio mientras, entre sollozos, susurraba algo ininteligible que si apenas yo alcanzaba a oír. Vacilé un poco y, al fin, me acerqué lentamente hacia el rincón donde ella permanecía sentada. Pude corroborar que había llorado durante horas cuando levantó su cara y pude ver sus ojos hinchados y rojizos. Me detuve y, al instante, ella levantó su mano derecha como queriendo alcanzarme y con voz entrecortada dijo algo que en esta ocasión pude distinguir no sin cierta confusión.

—Te amo.

Yo permanecí inmóvil mientras su mano alargada caía sobre su rodilla. Alcancé a percibir el débil resplandor de una lágrima que había caído sobre la baldosa y, de inmediato, ella se puso a cantar con voz débil y triste como jamás lo hubiera oído:

—«Hacia ti se dirige mi universo polar, quisiera ser una gota de nieve invisible que en tu fuego se derrite».

No era la primera vez que ella lo cantaba, pero sí la primera vez que lo hacía en medio del llanto, tirada en el piso y en esas formas.

Era extraño oír todo esto, y sobre todo sabiendo que otras veces lo había hecho sonriente y casi desmayada entre mis brazos, cuando yo corría en el parque contiguo hasta alcanzarla, cuando la lluvia rodaba por sus ojos como raudas lágrimas felices o cuando el Sol recién nacido delataba nuestro beso al borde del balcón desde donde veíamos, a menudo, migrar las golondrinas por las tardes, allá en esa casa donde fuimos felices tantas veces.

Sin embargo, ahora estaba allí, cercenada por el frío de la noche y con los ojos exprimidos contra el piso. Yo quería acercarme y decirle lo mucho que me había costado sobrevivir sin ella, sobre todo cuando el hambre me atacaba en medio de estas soledades y yo tenía que salir como un demente a buscar esos fideos o esos bizcochos que sólo ella sabía preparar porque, casi que como un hecho taxativo e ineludible, resultaba afuera, con las ropas rasgadas y comiendo tierra —quizás la confundía con fideos o bizcochos—, y todo porque este pobre ser sigue pensando que eso no sólo es bueno para mi estómago, sino que, además, existe la posibilidad de que no sea simple barro, sino su lengua, la lengua de ella, o acaso su pubis transformado por el tiempo, por ese devorador

silencioso y distante que, a veces, se hace tan nuestro, que contemplamos un día en la invisibilidad del aire sin advertir que es él, en realidad, quien nos contempla y hasta marca nuestro destino de formas imperceptibles, mientras vamos a la cama o simplemente mientras comemos un poco de mermelada con galletas. Pero para ese instante yo no podía pensar en nada de todo ello y solamente me limitaba a deglutir ese polvo —húmedo por las lloviznas de las últimas tardes— hasta que me supiera a ella y no tuviera que seguir soportando en mi garganta ese sabor que no es suyo ni de esos fideos en leche rebozados de tomate y de cebolla.

Pero no era por eso solamente que se me había hecho una tortura vivir sin ella, claro que no porque, si bien el hambre me atacaba de formas tan felinas y siniestras, yo podía defenderme con el único remedio que había encontrado hasta el momento y con el único que lograba remediar mis ansias incurables de ella: salir de nuevo como un demente a escarbar debajo de las raíces de los árboles hasta que, acaso, había comido demasiado que se me retorció la barriga de dolor; entonces no era la manera en que cocinaba lo que extrañaba, sino la manera en que su mano se paseaba por mi vientre, con una delicadeza y con una dulzura casi indescriptibles, con esas caricias que todavía extraño para mi vida. U otras veces era la manera en que callaba, su silencio callaba de una forma tan mía que me era difícil distinguir si era su silencio o mi silencio. Yo imagino que después de mucho hablar ella se acercaba hacia mí y yo me acercaba hacia su cielo y nos quedábamos ahí, perplejos durante horas, sin decir una palabra... quizás un susurro o el sonido de su corazón palpitando en mis oídos, pero nada más; es como si se acabaran las palabras y en medio de los dos se instaurara algo nuevo, es como si ya hasta nuestros silencios se buscaran y se hablaran, como si hasta nuestras furias fueran lo indispensable para seguir viviendo. Porque no faltan las furias. Era justo en ese momento cuando nuestras bocas alzaban la voz y gritaban —¿tan lejos estábamos entonces?— y, aunque yo la amaba, no podía dejar de sentir algo como un gusano caliente que se metía dentro mis emociones e instintos, dentro de mi mente y dentro de todo ese amor que le profesaba, hasta que nos alejábamos tanto que yo veía que su boca se abría y se cerraba y que daba manotazos, pero yo no oía nada, es como si estuviéramos en una lejanía insalvable, separados por un abismo ineludible. Pero quizás al rato o a los días o a los años yo volvía a oírla —¿será que a ella también le pasaba lo mismo?— y volvíamos a estar normales, y acaso un día cualquiera ella cerraba los labios y no decía nada; sin embargo, yo podía oírla porque ya no estábamos más distantes, sino que éramos una misma cosa, una misma sensación y efervescencia. Entonces ya no necesitábamos gritarnos para oírnos ni tampoco hacernos mudos para estar distantes porque, en esos momentos, ella sabía leer mi silencio, y yo

sabía volver a sentir su mano paseándose por mi vientre a la manera de un cisne en un lago quieto o a la manera que sólo ella sabía hacerlo. Pero no era sólo eso por lo que la extrañaba, sino que... —ahora que lo pienso un poco— quizás era por todo, sí, todo, ella, sus formas, ¡todo!... todo.

Las cosas que conozco, lo denso y lo palpable, se vuelven confusos por un instante y puedo oír, mientras camino por el pasillo, y después de hacer uso del baño para hombres, la forma en que gotean sus lágrimas y se estrellan contra el piso. Yo miro de soslayo para tratar de no verla, pero sé que inevitablemente está ahí, aún desnuda y con los ojos hinchados y rojizos. Indiscutiblemente yo debo armarme de valor y entrar allí, lleno de todo el amor que me sea posible. Es en ese punto en que introduzco mi mano izquierda en el bolsillo del pantalón azul que usualmente me pongo cuando mi crisis empeora y escarbo en él en busca de la navaja de mango negro que guardo junto con las llaves, y que previamente he comprado el viernes pasado en un puestecito de venta de dulces de la trece... sí, aún sigue allí, en el fondo del bolsillo que diestramente ha sido adaptado para guardar en un doble fondo herramientas de supervivencia que pueden servir, bien para pelar una naranja en medio de las arenas de un desierto alejado, bien para cazar unos cuantos ánares y llevarlos a los hijos que esperan, con los estómagos en blanco, algo de alimento.

Todo se vuelve confuso por un momento, pero en un soplo, en un destello, en un instante, cuando la palpo y la he reconocido, me lleno de amor y entro, cierro la ventana —de razón tanto frío— y me quedo perplejo al verla, en el rincón más lóbrego de la alcoba y junto al pasadizo que da al patio, cerca de la tumba de Mariam.

II

Es inconcebible ver la manera en que esta ciudad se llena de gentes y de humo y de casas que crecen hacia arriba y hacia los lados y hacia todas partes, inclusive mi mansión alejada del bullicio se ha atestado de máquinas y obreros, del ruido de las volquetas, de las motobombas, de los martillos, de las pulidoras, de los gritos que vienen todos los días a taladrar la paz de mi silencio. Usualmente permanezco solo, y esporádicamente he vuelto a pintar algunos lienzos; y ya, cuando me he cansado, y sobre todo si el Sol ya ha comenzado su descenso y corre un suave aire que empieza a hacerse remolino en los pinos y parece que viene hacia la azotea llena de los plantíos azules de mi casa, yo subo con la impaciencia de un niño y me siento a esperar a que ese endeble viento se haga huracán sobre mi cabeza y a que el Sol de nuevo se convierta en una gigante pelota anaranjada que se hunde poco a poco detrás de la montaña, y que finalmente se extermina en medio del humo y del ruido de los tractores, de los hierros y de los obreros que festejan el fin de la jornada y que, inclusive después de tan arduo día de labores, tienen una sonrisa que se estira con sus patas alargadas y parece que ya quiere asomarse, y al fin se asoma y crece hasta que estalla en múltiples carcajadas amarillas. Pero quizás esa sonrisa se difumina y se destroza cuando llegan a sus casas y ven a sus hijos reventados en sangre y con los estómago vacíos, o en medio de las calles vestidas de luto, llenas de un fuego descosido que arde por un instante y que luego se extingue en medio de la nostalgia y de la gritería de los niños. Es en ese momento, y no en otro, que uno presiente que algo viene —uno no sabe qué es, pero lo presiente—, y de repente nos invade una duda, un gusano que poco a poco entra y se cierne en la mitad de nuestro mundo, de eso falible que llevamos dentro.

Entonces indudablemente llega la muerte con su cara de niña anémica y se filtra lentamente —o raudamente— en eso que tenemos de sensitivo. No es que ella por sí sola pueda ser algo desdichado, sino que es esa mutación que origina en las cosas algo que se transforma en un infierno o en una rosa dependiendo, claro está, del corazón sobre el que aterrice con todas sus garras ensangrentadas y fragantes. Por ejemplo, en esos obreros que salen llenos de risas —y de los cuales algunos todavía están lavándose la cara—quizás hay alguno que llega a su casa y encuentra a su hija muerta. Yo no sé, pero yo personalmente pensaría en ello como en un tugurio enorme y no como la transformación de la larva en mariposa. Incluso se me ocurre que yo también puedo ser uno de ellos y que cada uno de nosotros o de esos seres que amamos puede perecer en un instante,

sin anuncio, en el momento menos pensado, sin decirse el amor o el beso. Y no obstante, para eso vinimos.

Pero acaso morir sea retornar a la verdadera cuna, dejar a nuestro cuerpo hacerse uno con la tierra para que de él tomen vigor los árboles; quizás sea descender y ausentarse sólo por un minuto, después de todo, sólo cuando la semilla cae y se inhuma comienza su verdadero ascenso; sólo cuando la noche se enciende en nuestra estancia se encienden los luceros que preceden al albor. Cuando algo nace, algo muere. Cuando algo muere, algo nace. El día es una carrera desenfrenada hacia la noche, la vida es una carrera febril hacia la muerte. Uno no dura más que un soplo, un soplo de huracán o de terremoto, un soplo de la boca que amamos, pero un soplo. Y, sin embargo, no hace falta que pasen muchos siglos para que algo o alguien se adhiera a los pliegues de nuestra alma, o para que nosotros nos quedemos recludos entre su cráneo, en un soplo, en un destello; y aunque haya sido muy poco el tiempo para compartir, no siempre resulta necesario que pase mucho tiempo para hacerse apreciar y quedar en la memoria; por ejemplo, como una de esas sonrisas de Mariam que a veces sólo duraban un segundo y que, sin embargo, descubro que aún no se apagan, que duran tanto, una eternidad inextinguible... que no se acaban por más de que lo intente.

Cuando llega la muerte el polvo se encarama por encima de las tapias y las sepulturas, el pasto y las yedras crecen sobre las bóvedas y los cráneos, y si de repente ves el cielo reflejado en un lago que se ha formado con tus lágrimas, lo único que ves es una procesión de estrellas que se suicidan en bandada, que se agarran de las manos y se dejan despeñar sobre el horizonte que arde repleto de cóleras y náuseas... allá, no sé si lo alcanzas a ver reflejado en mi lago; no, no el tuyo porque la desgracia no es algo que debemos compartir, sino que debemos quedárnosla, ahogarnos hacia adentro, soportarla impávidos por un instante o hasta que perezcamos en medio de nuestro propio naufragio. O ¿acaso debemos contarla, contagiar a otros de nuestro infortunio? Y ¿acaso se contagiarían? No. Nada habrá de importarles, ¿a quién le importaría? De mil a uno. No digo que no existan manos extendidas o calidez en el pecho dispuesta a darse, o sangre dispuesta a fluir donde la herida se hace, es sólo que a veces no hay que preocupar a esa persona que queremos, a ese raro, inusual y poco común ser que llega a nuestra vida de manera que juntos, mutuamente, echan raíces el uno en el otro. No digo tampoco que nunca se deba decir nada, o que siempre se deba decirlo todo pues, a veces, hay que hablar aunque se hiera, y a veces, hay que callar para no herir.

Cuando la muerte llega ya no somos nada, y hay dolor y luto, acaso unas cuantas flores desparramadas, ebriedad y humo. No, no como el humo que le

salía a Mariam por la nariz cuando respiraba y yo podía verla con el Sol levantándose sobre su cabeza, alumbrando sus cabellos de niña dócil y callada. En cambio ahora ya no hay humo, no el de ella, ya no hay nada. ¡Si tan sólo pudiera desenterrarme esta flecha para volver a lanzármela! Si tan sólo el Sol no se escondiera en las noches y yo pudiera ver para siempre su cabellera ondulada y su cuerpo como un plantío de trigo sobre el campo. Si yo pudiera vivir tan sólo del Sol y del agua —como las plantas— y no necesitarla; si de repente se me pudriera el corazón y dejara de amarla. Y dejara de morderme los dedos sin nunca desangrarme, sin sentir esta fusilada perenne y altiva como la risa. Aunque el problema no es ese... como si la solución fuera dejar de amarla; no, la solución sería que ella reviviera. Y ni siquiera esa sería la solución ni el problema. La solución sería que ella aún me amara, y que yo volviera a suspirar por ella mientras desde la ventana deshabitada vuelvo a ver los pájaros dirigirse al poniente y, en la distancia, su cuerpo de cerezo retorcido acercándose precipitadamente.

Es inconcebible ver cómo esta ciudad se viste a la manera de una viuda y todos se guarecen en sus casas esperando a que pase el rito fúnebre de la nostalgia. La lluvia moja el corazón y los semáforos se dañan; allá afuera quizás aún quedan unos niños que se resisten a dejar la pelota, y de vez en vez alzan sus ojos hacia el cielo y dicen: «Ya pasa». Empero yo ni siquiera me asomo a la ventana porque ya me imagino una negrura tupida de espesas nubes que ya casi se desploman, y que crían rayos y se agarran con las uñas de los cerros para que el viento no se las lleve en su estampida. Ya me imagino el viento en otros sitios y a la noche queriendo incitarnos una vida sedentaria sobre esta enorme ciudad vestida de difunto.

Cuando la muerte llega nos destroza, aunque estemos vivos, y ya no queremos nada, nada; es como si el hecho de ser algo sensitivo fuera un peso y el alivio consistiera en desaparecer para siempre; entonces —y sólo entonces— es cuando uno se acuerda de un beso, de una sonrisa o un tacto, y eso te alivia o te hunde un poco, te inventa otro mundo donde vuelves a sentir todo ello y donde ella vuelve a descolgarse de tu cuello como una garrapata, sí, pero como una garrapata que te hace feliz y que se prende a ti con todos los dedos, y a la que gustoso le darías toda tu sangre, toda tu vida, tu desmayo, todo tu aliento y tu soplo. Entonces imaginas que morir es una esperanza, aunque primero te pudres infinitamente antes de agonizar, y luego agonizas infinitamente antes de morir; no como la demás gente, esa gente feliz que cierra los ojos sin darse cuenta, esa gente que no ha conocido lo que es ser un pobre barro pensativo, una costra apenas sensitiva.

Y mientras tanto afuera los niños siguen mirando hacia el cielo, y uno de

ellos deja escurrir una gota de agua por su mejilla; entonces vuelven los gritos y la algarabía, también los pelotazos y, por qué no, los berrinches de una anciana porque le han pegado —quizás fue mi hijo— con el balón en una de sus arrugas preferidas. También salen de nuevo los obreros que se habían guarecido en su cambuche y esos sonidos horribles de las máquinas que tanto he maldecido desde que en mi corazón se instauró el silencio, especialmente el que sale del centro, ¡qué sonido tan horrible! La primera vez que lo oí me asusté tanto que me escondí debajo de la cama y no salí hasta el otro día, hoy sé que es una máquina. La he visto por la hendidura de mi ventana, sobre todo cuando la tarde es soleada y se puede ver el brillo amarillo y su altura; es curioso, pero en aquel momento se me escapa una sonrisa, no sé por qué, pero se me escapa.

No quiere decir que el dolor no persista ni que ya haya quebrado la flecha antes de seguir con mi insulsa idea de volver a lanzármela. Es que el corazón se eleva sin alas y, tras un segundo de mutismo, cae como una turbina loca y en la tierra se desintegra. ¡Pero el corazón no se desintegra! Es en ese punto en que uno se acuerda de los enemigos que viven en su propia casa y se le viene esa idea —porque uno no ha perdido la capacidad de imaginarse cosas— que no es mi persona lo que debe morir, sino aquello que me hace sentir insignificante y que me arrastra hacia la muerte.

Aún siguen trabajando; inclusive hay algunos que sudan y se llevan la mano a la cara, una mano dura y ennegrecida por la vida, pero al fin y al cabo, una mano con la que han logrado un pan para los hijos, con la que han acariciado y, por qué no, también con la que han causado dolor.

III

No hace mucho que llegué aquí. Esto no es muy confortable ni siente uno ese aire de libertad como el que siente cuando está afuera y puede ir adonde uno quiere o bostezar a las horas que a uno le viene en gana. Aunque ¿de veras puede uno ser libre? ¿Acaso no hay algo que siempre nos esclaviza? ¿Un afecto o un odio? Por ejemplo, allá afuera, en medio del humo y del bullicio, hay gentes que creen que son libres porque pueden derrochar su vida en placeres y hacer lo que les viene en gana; yo diría más bien que eso evidencia, a las claras, las cadenas que los atan. Por ejemplo, les viene una ira enorme, y en nombre de esa libertad, se lanzan contra sus adversarios —o eso que juzgan adversarios—, y los insultan y los hieren y los matan sin advertir que, en el fondo, ellos no han tenido elección, sino que una ira, un enojo, un anhelo de venganza, etc., los esclavizaba en formas tan endemoniadas que, en el instante de estar frente a eso que les originaba esos estados, no podrían refrenarse y escoger entre un beso o una puñalada. Ellos no advierten que sólo son tistes máquinas que hacen una función predeterminada: si les ríen, ríen; si los insultan, insultan, y si los odian, ellos también odian. En cambio yo permanezco como mudo en esta cárcel, esclavo dentro de los muros blancos de este sanatorio, pero con un presentimiento que a veces me llega como una esperanza gigantísima, como la luz de un último fósforo en la mitad de la borrasca y que, por una fuerza extraña y mágica, no perece, sino que por el contrario, parece cobrar vida; una vida libre y henchida de ese raro deseo que puede permanecer intacto a través de las edades, como si fuere vedado a los signos del tiempo.

No que ya sea libre porque ahora estoy como un gusano debajo de una piedra. Empero yo al menos lo sé y no ando como esas gentes de afuera; claro que en cuanto a los muros, me gustaría que no existieran, y que el dolor y el desvarío desaparecieran y no me sintiera como un encarcelado, como presionado a bostezar a ciertas horas, en tiempos distantes del almuerzo o de la merienda, y todo porque esos insulsos enfermeros y demás individuos que trabajan en este sitio no comprenden que uno puede bostezar hasta de llenura; quizás con el tiempo se les pase toda esa tonta actitud que asumen para conmigo, pero realmente les confieso que han sido algo difíciles estos meses de estadía. Claro, es verdad que aún exploto en furia como un endemoniado de tanto sentir el hacha en la carne abierta, en el alma y en todo lo que tengo de ser; pero uno aprende a convivir hasta con el enemigo, y sobre todo cuando es uno mismo y lo ve en todas partes, a todas horas y en todo lado, cuando va al sanitario o cuando

se baña y, a pesar de todo, le queda a uno esa sensación de que no está limpio, de que aún hay una suciedad enorme como el universo.

Hace ya algún tiempo que estoy aquí y, sin embargo, siento que mi situación todavía no mejora; es cierto que tengo mis horas de profunda lucidez —como ahora—, pero aún no se me quita esta locura. Tampoco se me quita la sangre que me quedó en los dedos cuando, esta mañana, aplasté a un zancudo que hallé en la cama. Y ni siquiera uno. Yo no les he dicho —si es que puedo cambiar un poco de tema y contarles— que desde hace algún tiempo han comenzado a amanecer varios zancudos muertos sobre la almohada o a lo largo de la cama. Yo me he dado a la tarea de investigar las posibles causas del deceso y he llegado a la conclusión de que debieron morir de hambre, de rabia o de infarto. Digo que puede ser que se mueren de hambre porque ellos llegan de noche —o inclusive antes porque en ocasiones, cuando me voy a dormir, ya han llegado—, pero lo que no saben es que yo no duermo con la cara destapada, sino que me envuelvo entre las cobijas como una momia y sólo me quedo escuchando la manera en que zumban y revolotean por toda la alcoba —no son libres, hay algo que los encadena—. Y a veces ya no zumban de la misma manera, con la misma vehemencia; es lógico que en tales circunstancias yo presuma que alguno ya se murió, de hambre, porque cuando uno no come le da hambre; la gente —y también los zancudos— se desmayan y se mueren. Aunque otras veces sospecho que fenecen no porque la barriga se les quede en blanco, sino porque les da mucho coraje debido a que tratan infructuosamente, por todos los medios, de colarse por entre las cobijas, por entre una oquedad en la que no caben; quizás es cuando se ponen rojos de la rabia —digo quizás porque yo no los he visto debido a que es de noche y estoy a oscuras—, y escarban con sus patas enjutas los hilos del cubrelecho o de la sábana hasta que al fin se mueren, se les pone la cara pálida y caen en bandada. Sin embargo, hay otros que de súbito se enmudecen. Es como si sus alas ya no resistieran el universo de revoluciones que implica el aleteo y el corazón se les estallara, y se fundiera en mil pedazos y quedara inútil. Esto es posible porque realmente el sonido que hacen es ensordecedor. Lo cierto es que a pesar de todo esto todavía vienen, y no advierten que a los que estuvieron aquí previamente no les fue muy bien que digamos; quizás si lo supieran no vendrían, quizás si supieran que yo me arropo la cara y presno la sábana poniéndola debajo de mi cabeza no vendrían. Pero en fin, caen sin que yo pueda hacer nada, o podría, pero prefiero sólo contarlos. ¿Será que ahora sí han hallado, realmente, verdaderamente, un poco de libertad?

Aunque, en últimas, no importa que no la hallen, eso ahora ya no me importa porque ha acabado de caer un último zancudo que, probablemente, se había quedado pegado al techo. Ha caído justo en mi mano y ya no me nace aplastarlo

entre mis uñas. Ahora sólo me quedo contemplando su cadáver, y me invade una nostalgia que a duras penas si puedo resistir. No que me dé tristeza el hecho de que un ínfimo insecto de esos haya dejado de existir, sino que me aflige lo que su cuerpo muerto entre mis dedos evoca. Y también después de que he evocado la imagen de una hermosa mujer inmóvil entre mis manos, sin respiración alguna, sin su mano paseándose por mi ombligo, me viene a la memoria —no sé por qué— el recuerdo de esa otra mujer a la que también quise. Es como si las neuronas me quisieran jugar un mala pasada, como si algo dentro de mí o dentro de ella reclamara espacio.

—¡Ey! Señorita, ¿esto es suyo?

Dije apenas la alcancé y a la vez que le entregaba un papel plegado que se le había caído. Ella me sonrió levemente y de inmediato le hizo la parada a un autobús al que subió rápida, pero delicadamente. Era la mujer más hermosa que hubiera visto. Sus ojos parecían un bosque lleno de hojas recién retoñadas y con girasoles creciendo en la base de los árboles, su cabello era negro, absolutamente negro como el betún o el petróleo; no tenía un gran busto, pero ella, así solitaria en medio de la niebla, era demasiado vivaz y atractiva. Me quedé viendo la manera en que se alejaba el autobús por la calle pavimentada de doble vía y que atravesaba un extenso campo llano al final del cual se podía ver una que otra urbanización y una gran cordillera de montañas, azules por la lejanía. Varias veces volví al mismo sitio y a la misma hora con el propósito de hallarla, pero fue en vano, los autobuses partían veloces y yo no iba en ellos; yo me quedaba con el corazón aplastado contra las calles, contra los muros en niebla de las casas, regando papelitos en la calle con el ingenuo propósito de que en algún momento alguien me dijera: «¡Ey! ¿Esto es suyo?», con suerte de que yo volviera a ver su rostro como una alborada repentina y con un bosque enorme naciéndole de entre las cuencas de los ojos. Quizás en ese tiempo yo tampoco era libre. Quizás en esos momentos también cierto anhelo me encadenaba.

IV

El sonido de los fuegos pirotécnicos me despertó de súbito; no había advertido que el fin de año se había acercado, y quizás estaba tan ocupado, tan encerrado en mis propios muros que, acaso, había perdido la noción del tiempo. También quizás sólo se trataba de la anodinidad que le atribuyo a esas fechas. Por demás, yo no hacía sino pensar en ella.

Medio sonámbulo me levanté del sillón en que yacía y contemplé por la hendidura de la ventana las luces y las explosiones en el cielo durante algunos instantes, luego me dirigí hacia las pinturas que había dejado destapadas hacía un par de horas y, con pincel en mano, proseguí el mural que había comenzado días atrás. Yo me la imaginaba caminando por esa estrecha calle adoquinada que queda no muy lejos de aquí, conmigo de la mano; al fondo había un ancho cielo azul oscuro y unas cuantas nubes deformes; ella era mía en esa noche, era mía, y no obstante, había algo que no me gustaba y que en varias ocasiones intenté corregir inútilmente porque siempre se vislumbraba un halo de peligro que me helaba la sangre. Del lado izquierdo había unos vetustos árboles de los que parecía emerger una sombra; por un momento pensé que alguien estaba detrás de mis espaldas y de inmediato me abalancé sobre un cuchillo que había en el comedor y recorrí lentamente toda la casa en busca de mi espanto; no hallé nada y con resignación volví a la pared desde la que me miraba, y allí permanecí durante horas hablándole hasta que me venció el sueño.

Yo me enamoré de Ilenia por el físico, no puedo desconocerlo; sus ojos eran una laguna en la mitad de las montañas y era hermoso verla sonreír bajo la lluvia, con sus cabellos agitados por el viento.

—¿Esto es suyo, señor?

Voltee y ni siquiera tuve tiempo de ver de qué se trataba cuando descubrí que era ella, Ilenia.

—¿Que qué me encontré? —Balbuceé.

Ella sonrió y volvió a preguntar.

—¿Es suyo?

Miré algo que parecía un trébol plateado, aunque bastante empolvado.

—No, no es mío.

Ella se encogió nuevamente de hombros e hizo un ademán que yo interpreté como un «bueno, lo conservaré», luego dio un par de pasos y yo me quedé como un idiota viendo la manera en que se alejaba. Y quizás así me hubiera quedado durante horas si no hubiera sido por una llamada que entra a su celular, parecía

tratarse de algo que no andaba bien en su casa.

—Señorita, yo puedo ayudarla —grité mientras la alcanzaba.

—¿Usted sabe de fontanería?

Vacilé un poco, era ostensible que yo no sabía siquiera si ello hacía referencia a reparación de tubería de agua, de gas, o a reparaciones locativas menores.

—Claro que sí, además de pintar también entiendo de fontanería.

Yo había seguido pintando con vehemencia y es probable que la bata azul untada de vinilo hubiera influido para que ella pensara que yo me dedicaba a trabajos de construcción y que, por ende, podría ayudarla en su problema. Indudablemente, y después de que me diera los datos de su domicilio, hube de estar en el sitio de la catástrofe, claro, no sin antes decepcionarme un poco debido a que pensé que ella me acompañaría.

—¡Señor, auxilio! ¡Conecte eso rápido! —Gritaba la mamá de la mujer que había dejado haría unos diez minutos en el autobús.

Es inconcebible ver cómo de lo fétido puede surgir la flor del loto; es inconcebible que de mujer tan horrible y alharaquenta pudiera salir cuerpo y ojos tan hermosos; no sé cómo pude soportarla en esos segundos. Su voz de cacatúa y sus manos sobre su cabeza o agitándose arrítmicamente hacían que esos pocos litros de agua en el piso a mi miserable persona le parecieran una enormidad, como un mar que sería hermoso si no fuera porque ella volvía a hablar y a poblarlo de cangrejos y de extraños dragones que viven en sus profundidades.

—Ya está. Ahora es sólo cuestión de esperar aproximadamente media hora para abrir la llave de paso —dije, por supuesto, siguiendo cuidadosamente las instrucciones que me dieran en la ferretería.

Realmente no sé si pude disimular mi desprecio y el asco que sentí al ver cuán voluminosa era esa bola de carne en su espalda. Con celeridad avancé hacia la puerta de salida y ahí la dejé rebuznando, quejándose de que ella necesitaba el agua ya y que yo era poco menos que un incompetente.

Me tendí sobre la cama y aspiré profundo tratando de recapitular. No sabía qué estaba pasando, todo me resultaba muy confuso, de un contraste demasiado peculiar. Traté por un momento de no pensar más en ello y, de repente, la pude ver clara, nítida; estiré mi mano para palparla, pero de inmediato advertí que no era real y que todo era producto de mi psique. Sin embargo, ella sí que era algo real en esos instantes y, de hecho, por muchos días yo la había tenido entre mis manos, contemplándola completa, acariciándola como si la acariciada a ella, a Mariam. Cómo olvidar esos tiempos, cómo olvidar que varias veces hube de perderme en la noche profunda de sus ojos, y allí perdido corría sin descanso por

los ríos ondulados de su cuerpo. Otras veces me quedaba atrapado en su sonrisa, entonces la choza en la que vivíamos se llenaba de luces y de alas, sus manos echaban flores y sus labios reverdecían. Pero cuando la noche pasaba y yo volvía a convertirme en el mismo ser cotidiano y lúgubre, sólo la veía a ella, a una bella mujer con todas las partes de la mujer en su puesto; entonces yo iba a mi oficio, a mis quehaceres de campo, y después, cuando el día ya parecía hacerse más día que nunca y yo presentía que las luciérnagas estaban lejos y con sus bombillos apagados, volvía —sería, a lo sumo, la una de la tarde— a comer los alimentos por ella preparados, descansaba un poco y me quedaba a su lado. Era casi seguro que luego, así junto a ella, volvía a perderme; y así durábamos horas enteras, como olvidados en una isla, como eternos náufragos de un eterno infortunio, como dos abandonados que no tenían nada y que, a un tiempo, lo tenían todo.

Recuerdo que íbamos a la montaña a contemplar al Sol hundirse en la mole azul de tierra, a tendernos sobre el césped, a comer moras silvestres o, simplemente, a amarnos. A veces también la llevaba en mi caballo blanco y era hermoso sentir su cabello enredado en mi cara y el olor de su cuello impregnado de plantas silvestres, sin aditivos ni nada que quitarle.

V

Ustedes, mis queridos compañeros de manicomio, no están a la altura insigne de un dolor; ustedes no son capaces de soportar una aguja en sus pupilas ni mucho menos el escozor que el amor perdido nos produce; ustedes, señores de bata blanca, me han encerrado en este aposento, no sin antes dejar escapar una sarcástica risa, y me han atado de manos y de pies, pero ¿quieren que les diga? Ustedes son totalmente ineficaces para saber lo que me sucede por la simple razón de que no están dentro de mí ni pueden vivirme ni fumarse mis nervios; ustedes no son capaces de apresar mi pensamiento cuando, por las noches, se escapa fuera de muros blancos y de batas como sepulturas y vuela por encima de sus cabezas; entonces yo, lleno de infinita alegría, siento lástima de ustedes y salgo volando hacia otras tierras, hacia el viento que gime cuando golpea los árboles oscuros, o hacia la espuma que el mar arroja en la playa cuando la Luna se aproxima. Y ustedes insulsamente piensan que yo sigo ahí, atado, bañado en sangre, con las heridas que a pesar de sus esfuerzos logro infligirme, entre loco y demente, y ni siquiera sospechan que yo sé de sus ingenuos dictámenes y sus estúpidos consejos. Y ustedes, que se creen capaces de leer el pensamiento, ni remotamente pueden entrar en mi cerebro ni socavar al interior de mis más íntimos recuerdos y fatigas. ¿Veis acaso ese triciclo azul? ¿Lo oís? ¿No sentís cómo paso yo montado en él y con la rueda posterior izquierda piso los dedos de vuestros pies? A veces también paso yo, en mi caballo blanco, luchando contra el viento y llevándola a ella, sí, ella que fue mi escudo en los tiempos de la guerra, ella que era mi bandera y que gustaba del olor del bosque impregnado de violetas. ¡Cuánto diera por salir como un loco a buscarla debajo de las bóvedas, arrancar la tierra y volver a verla, aunque fuera toda putrefacta! Yo le cantarí­a entonces la canción de la ausencia y le diría: «Hacia ti se dirige mi universo polar, hacía ti vuelan mis ojos como veloces pájaros hambrientos». Indudablemente yo volvería a amar sus ojos oscuros como la noche —pero con esa oscuridad que tenía solo su mirada, no con esa oscuridad de estos barrotes blancos—, y con todo su esqueleto entre mis brazos danzaríamos para la niebla hasta que ella se sintiera fatigada y yo advirtiera que mis manos se están quedando sin carne y sin nervios. Pero nada de ello es posible y ella acaso vuela mientras yo me pudro; ni siquiera puedo, como para agigantar mi desgracia, punzar el corazón del que la mató ante mis ojos, del que desgarró su vientre como un perro rabioso que destroza, en su furia, la ropa vieja.

—Te espero en esa estrella —dijiste.

Y cuando dejé de mirar la estrella y bajé la mirada pude verla tendida en el piso, con la ropa bañada en sangre y con sus ojos extinguiéndose al igual que una vela a la que le queda la última lágrima caliente. Ah, pero esto no se queda así, y cuando el dolor es más agudo cojo el tenedor y como un poco de huevos pericos acompañados con tostadas, espero un poco y, al fin, alcanzo a ese intruso, a ese intonso saqueador de la palpitación y del beso, lo amarro de manos y de pies con alambres de púas, le cerceno la lengua, le arrancó las uñas y con el marcaganado enrojecido le pongo la M de Mariam en los ojos hasta que no le queden más que carbones pulverizados, le hago beber soda cáustica y le quemo lo que le queda de la lengua. Y luego sí termino mi desayuno sin que por ello tenga que dejar de torturar al enemigo, sino que ahora le arranco las uñas de los pies, le saco las tripas y con el tenedor hurgo en la cueva de sus calcinados ojos, lo desollo poco a poco y, finalmente, lo pongo en agua hirviendo hasta que muera y, si es preciso, lo resucito y le repito la misma terapia hasta que estos muros me sean agradables y el recuerdo de Mariam me llegue como una esperanza repleta del perfume de la noche.

—Doctor, sí, usted, venga y me mira a ver si todavía sigo loco —digo entre risas ahogadas y todavía con un inconfundible sabor a vientre apuñalado.

Sin embargo, el ilustre señor lampiño prosigue su camino como si no hubiera escuchado nada, ¿será que ha enloquecido? ¿Cómo puede no percibir esta realidad tridimensional? Yo, por ejemplo, palpo el aire y sé que estoy palpando el aire, palpo a Mariam y sé que estoy palpando a Mariam; aunque yo sé que ella está muerta y sólo vive en el territorio de mi cráneo; yo no desconozco que ella no puede dormirse en mi hombro, pero también sé lo mucho que eso me duele hasta el punto de enloquecerme.

VI

Yo no les he contado, pero esta mañana, tan pronto como Joseph —apelativo de cariño— salió para el colegio, me levanté de la cama, prendí la cafetera y busqué un poco de agua para rendir el café que había quedado de la noche anterior. Luego tendí la cama y advertí la inconfundible fragancia de Ilenia adherida a las sábanas. Esto, como es lógico, y en términos normales, sólo podría producirse ante la presencia de una persona viva, sin embargo, este sólo hecho no constituye una prueba definitiva y, en últimas, sólo representa un indicio de que ella, probablemente, durmió o ha dormido aquí recientemente — por no nombrar otras posibilidades—. Pero, si ello es así, ¿por qué no lo advertí antes? Sea como fuere no pude dejar de sentir un poco de nostalgia que me duró todo el día. Luego, y tan pronto hube bebido medio pocillo de café, me puse una sudadera y salí con el ánimo de trotar y respirar el aire helado de la mañana. Aunque usted no lo crea a mí me gusta el fresco que aún guarda esta ciudad por las mañanas, y sobre todo cerca del bosque, lejos de esos edificios larguísimos que crecen como lombrices hacia arriba y a los que las gentes se van a vivir, a amontonarse como sardinas en caja. Yo, en cambio, prefiero ponerme una sudadera gris y salir a escuchar las explosiones del corazón que van haciéndose más continuas, densas, ahogadas, hasta que todo el cuerpo es una palpitación y varias gotazas asoman por la frente y van deslizándose en silencio y con una lentitud que delata su miedo a ser percibidas; también prefiero esa brisa que viene de los árboles y del canal de lluvias que queda no muy lejos de aquí y que vaga por el aire y se prende a las ventanas de manera que difícilmente puede uno distinguir los arbustos o las casas que hay al otro lado y que, incluso cuando el día se ha desperezado del todo y se ha levantado en luces y cantos, uno puede ver el día blanco, blanco, y hasta es posible imaginarse el frío que trota por el césped y que se condensa en gigantes gotas innumerables que se hacen humo y que se evaporan un instante después, cuando la retina advierte los rayos de luz que se filtran a través de la cortina y que se estrellan contra la pared. Entonces uno percibe que no es más la bruma ni la helada, sino que el Sol tímidamente estira sus brazos y forma una orogenia climática en la que el día todavía no es sudoroso, sino que guarda esa frescura de los días que amo; acto seguido me levanto, me peino los tres pelos que tengo de barba, tomo un poco de cafeína y salgo a trotar y a estirar las piernas. Y después de que varias gotazas se han escurrido por entre las axilas, por entre el vientre y por entre los ojos, y me he limitado a caminar, me doy cuenta de que una oscuridad trepida en mí y que un

súbito ímpetu se yergue en la mitad de mi pobre ser. En todo caso me parece estar transitando esa misma calle, en medio de la lluvia... es más, estoy ahí.

Allá, tanto a oriente como a occidente, se descuelga un manojo enorme de nubes, míralas; ya parece que se caen, y se agarran las unas de las otras con sus manos diminutas y deformes; ya parece que se caen y comienzan a soltarse, se quedan inmóviles por un segundo, y tras un par de inútiles suspiros, sus lágrimas comienzan a caer, ya en el piso, encima de los árboles, entre las heces de los perros o en mis propios hombros. Al comienzo son grandes y dispersas, pero después se hacen diminutas y continuas hasta que la tarde se enluta de tormentas y es tanta la lluvia que parece que fueran a caerse todas las nubes. Y yo ahí, en medio de la masacre, de la borrasca que cae con sus tropas estrellándose contra el pavimento —oye cómo se queja— y se hace vapor, rebota, inunda el canal de lluvias, y después de tanto estar en medio del temporal, y después de que el agua ya se le ha metido a uno hasta por debajo de los calzoncillos, uno también comienza a hacerse lluvia y es también un gotarrón que se estrella contra las piedras, que se deshace y huye por las alcantarillas, o que se hace humareda y se pierde y se disgrega. Yo soy esa gota y esa bruma, esa niebla. ¿Por qué será que un millón de mancebos impíos llueven sobre mí y retoñan, cobran fuerzas y me subyugan? ¿Cuál es su origen? ¿Acaso un agua turbia? Y yo ahí, en medio de las mil gotas que caen como flechas asesinas. Me parece ver la manera en que lloran las zapaterías, las gentes guarecidas bajo sus casas y la forma en que se sacuden los árboles, casi desarraigados por el viento, quemados por los rayos, adormecidos por el ulular de la ventisca. Yo sigo caminando y me dirijo a la botica. Hace unos días que estuve por ahí; no recuerdo hace cuánto, pero sé, sin lugar a dudas, que hoy es el gran día en que esa procesión de gentes nocturnas se mueran. Es preciso ir a la guerra y destruir, luchar, combatir, degollar a cada uno de nuestros demonios, hacerlos humareda y ceniza. Sé que debe ser así.

Raúl es amigo mío desde hace varios años, y tiene a su favor que él es el propietario de la farmacia. Tiene eso a favor suyo porque, de no ser así, probablemente se perdería de un dinero extra por facilitar ciertos medicamentos sin fórmula; y aunque la tarde en que fui no era precisamente para eso, sí me fui animando y, entre charla y charla, le comenté mi problema. Era muy sencillo: como quiera que desde hace años había advertido lo agusanada que está mi alma y lo hastiado que estoy de llevar esa carga, se me ocurrió pensar que probablemente lo que yo necesitaba era un vermífugo, pero obviamente, para el alma. En principio el problema había consistido en que en ningún lado lograba conseguirlo —bueno, los yerbateros dicen que me lo consiguen, pero me cobran mucho— y todos me ofrecían mercadería para expulsar amebas, gusanos, lombrices, tenias y demás fauna estomacal, pero para el cuerpo físico, no para el

alma.

Por fin, en una de esas soporosas noches en que no logro conciliar el sueño, se me vino a la mente que quizás estaba soñando que no lograba conciliar el sueño, pero que mi cuerpo estaba descansando, y que hasta quizás estaba roncando y con la quijada abierta como un paraguas. No sé cómo, pero dio resultado. Yo había escuchado, en uno de los cortes comerciales —mientras veía el detrás de cámaras de los dibujos animados—, algo sobre el efecto placebo, entonces todo me fue claro. Inclusive hoy que camino por la calle adoquinada y las densas nubes negras parecen huir hacia el poniente y las gotas rezagadas caen del último tejado, hay una voz que me llama, un ímpetu que me sacude, una llama aciaga que me quema y me consume. No soy nada... soy nada. Pero también hay una fuerza invisible que crece en mí en medio de las sombras, una llama amiga que se enciende en la mitad de la emboscada. No retrocederé, no me rendiré más. Y si mil veces caigo, mil veces me levantaré y una vez más lucharé, aunque muera en medio de la guerra.

Es cierto que a algunos, si es que no a muchos, lo que planteo les parecerá una locura, pero nada se pierde con intentar. Además, tengo un plan infalible que ideé hace tiempo, en el insomnio de la noche. En esa ocasión le dije al boticario —y es que debe ser él, no sólo porque es mi amigo, sino porque ofrece el prestigio de la ciencia tradicional— que, a algunos de esos vermífugos que él vendía, le escribiera en algún lado que era para el alma, y que dentro de unos días yo volvería y, eso sí, que aunque yo lo amenazara conminándolo a que me dijera la verdad, él debería mantenerse firme y jurarme con la mano en sus testículos que era verdad y que ese desparasitario me mataría hasta la última ameba que yo tuviera en el alma.

—Este es el último avance de la ciencia y su eficacia ha sido ampliamente comprobada. Lo único es que tiene que guardar una dieta de tres días a nivel del alma, nada de malos pensamientos, y mucho menos de acciones o de palabras; la razón, me imagino, le resultará más que comprensible —dijo Raúl.

Yo permanecí con un mutismo que me asombró a mí mismo y lo miré fijamente tratando de descubrir un asomo de mentira, pero él parecía estar muy convencido.

—No hombre, no se ponga con esos chistes que yo vine hace dos semanas y le pedí el favor que ahora me está haciendo, pero juntos sabemos que eso es imposible.

—Es que yo le estoy hablando en serio. Usted me está pidiendo un medicamento y yo se lo estoy ofreciendo, es más ¿sí ve este número? Es el número de registro sanitario —seguía arguyendo.

—Pero porque yo le pedí el favor —contraargumenté.

—No. Lo que pasa es que cuando usted vino el medicamento no había salido a la venta. Es más, usted me dijo que le escribiera con un esfero, pero ¿sí ve? Esta es una etiqueta original y este es el laboratorio que lo produce, además...

—Cállese —interrumpí esta vez visiblemente sobresaltado. Me indignaba la seguridad con que me hablaba.

—¿Sí ve? Por ejemplo para ese gusano de la ira le podría servir.

Ese pobre guiñapo estaba en lo cierto, pero yo había dado ya un paso adelante y no iba a retroceder; saqué el revólver, le quite el seguro y le apunté instándolo a que me confesara la verdad.

Hace varios días que me tomé el vermífugo, y aunque todavía no estoy en condición de juzgar su efectividad o ineficacia, no lamento haberlo hecho; lamento sí la muerte de mi amigo en la tarde de ese viernes. Quizás sea cierto que funciona porque hasta me cobró casi el doble de lo que me había dicho al comienzo diciéndome que ese sí era verdadero, no como el que yo quería que me vendiera.

Ya he vuelto de trotar y Joseph nada que regresa.

VII

Por un momento me pareció una profanación pensar en Ilenia después de todo lo que había vivido con Mariam, y sobre todo, se me antojó un poco delictuoso haber dejado que el corazón creciera de manera tan innumerable en tan poco tiempo. Y lo peor de todo es que yo lo hubiera podido haber evitado... sí, yo hubiera podido haberme tapado los ojos para entregarle el papel, o no haberla mirado, ni siquiera haber recogido nada e imaginar que lo que había caído era mío y no de otro. Sin embargo, más que yo, era ella; sí, ella tiene la culpa por no prever que del bolsillo roto de su blusa pueden caerse los objetos que en él se guarden; ella tiene la culpa por no revisar si alguno de los bolsillos de su ropa está roto, por guardar un estúpido papel que nos haría tan infelices, por recibir cualquier basura que le dan por la calle. Y la culpa es del viento por haberlo traído hasta mis pies, la culpa es de la ley de gravedad por no hacer que las cosas caigan hacia arriba, también la culpa es de Dios por no haberme hecho ciego, sin ojos o sin manos o sin boca. ¿Era mucho pedir que hubiera quemado mis pupilas a la hora de nacer? Y, sin embargo, si ello hubiera sido así no me hubiera perdido en los ojos profundos de Mariam.

No sé, de repente todo se vuelve tan confuso y yo me encuentro de nuevo frente al mural, como creándola de la arcilla, inventando sus párpados y la textura de sus dedos. Ella ya casi adquiere vida y aprieta mi mano como si tuviera miedo; y ha de tenerlo por mucho tiempo, al menos mientras tomo un poco de café y continúo frente a la pared, pintando como un frenético.

VIII

Tengo un monstruo que me domina, ¿acaso no lo veis? Tengo un demonio que habita mis fibras, en lo oscuro de mi ser. A veces crece hecho de cadáver y de llamas, me arrincona contra los sitios sombríos y me incita a la muerte. ¿Acaso no existe también un monstruo en lo profundo de vuestro ser? Somos la superficie apenas, la apariencia, la risa que nace de nuestro sereno lago triste, de nuestra endeble piel sacudida por hachas y vándalos, sacada de su sagrado semen y expuesta a un remolino de sangre y de cosas inertes. Yo lo disfruto —es cierto— mientras estoy bajo su yugo, y por horas enteras él me maneja como a un títere; en tales condiciones yo soy él por un instante y odio al que me dio la vida, Dios, padre, orín o herrumbre. Quizás por eso también quisiera a veces salir a violar a esas mujeres de pubis hermoso y hacerlas ceniza después de la masacre, quemarles la vulva y matarlas mientras mi extraño amor se puebla de noche y de luto. Yo amo a veces, a veces amo con toda la furia que me es posible, con estiércol y odio; a veces me llegan también las ansias de morirme y mi pobre corazón desgarrado es pequeño para la espina que lo atraviesa. Yo soy una pobre escoria, es cierto, y más cuando estoy sin ella, cuando yo la mato y me quedo solo, sólo por los lados y hacia dentro; yo la mato con mis manos púrpura, y luego me convierto en el más triste, lleno de dolor por dentro, extraño dolor en mi extraña caverna. ¡Cómo quisiera sacarme los ojos para que las lágrimas corrieran! Y en ese caso ninguna gota saldría y mi corazón se quemaría solo, podrido cada vez más, lleno cada vez más de gusanos y de inercia. Estoy sin ella.

Yo entré esa noche lleno de todo el amor que me fue posible y los ojos, como alas, viajaron hacia ella. Yo no quise hacerle daño, ella era mi paloma ígnea, ella había escalado mi sangre como una enredadera y me había mostrado el verde infinito de sus ojos. Y es que tras la muerte de Mariam yo me había convertido en un huraño, en un ser de la sombra, y nada alumbraba mi corazón; pero ella apareció como una esperanza, como una rosa sacudida por la lluvia que me sacó de la tierra y me plantó en el ancho cielo de su frente y me mostró el otro lado de la vida. Aún recuerdo la manera en que su mano se metía en la mía mientras contemplábamos al Sol hundirse en el poniente como una gigante pelota anaranjada... extraño tanto el olor de su cabello. Y, sin embargo, yo no sé por qué a veces siento la impresión de que está tan cerca, y que su sonrisa no ha muerto y que ella aún me espera con los brazos abiertos al poniente, detrás de esas montañas.

Ojalá yo estuviera absolutamente nublado mentalmente, ojalá mis

compañeros de manicomio tuvieran la razón y fuera cierto lo que ellos dicen, que yo estoy irredentamente loco y que mi «pato feo» todavía sigue viva; cuánto diera por morirme por su soplo, por amarla con este amor uránico y letal ahora que, a pesar de los demonios que me torturan por dentro, sé lo sagrado que es su vientre y el fuego dormido que puede nacer de nuestros cuerpos desnudos.

IX

Había terminado el mural y, después de mucho contemplarlo, decidí salir a caminar un rato; esta vez estaba preocupado, había descubierto un detalle que antes había ignorado; justo del cuello de Ilenia colgaba, insertado en una cadena plateada, un objeto que me resultaba familiar, no alcanzaba a mirarlo todo porque la blusa almendrada que ella llevaba puesta tapaba gran parte de él y me impedía verlo por completo y contemplarlo mejor; aun así me parecía reconocerlo; sí, debía ser el mismo. Inconscientemente había pintado en el cuello de una advenediza el pendiente que le había regalado a Mariam. Y ¿dónde estaba ese pendiente? No lo había vuelto a ver desde esa noche, o ¿acaso lo había vuelto a ver y no lo recordaba? Es como si, al pintarlo, ella, Mariam, reclamara algo, como si quisiera hacerse presente y decirme algo. Sólo en ese punto advertí que la calle adoquinada y plantada de arbustos era la misma en la que ella había sido asesinada... ¡Dios! Y del lado izquierdo seguro estaba el ladrón, al acecho de su víctima.

—Señor, una monedita.

Reaccioné en ese momento, se trataba de un mendigo. Lo primero que me llamó la atención fue su cabello ondulado y tieso —quizás de tanta mugre— y sus ropas malolientes y raídas. Lo miré con ojos perdidos, di media vuelta y emprendí la carrera.

—¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! —Alcancé a oír a lo lejos, y alejándose.

Yo iba corriendo hacia la casa de Ilenia, donde había hecho las reparaciones de fontanería; no recordaba exactamente dónde quedaba, pero debía encontrarla. Primero avancé precipitadamente por la alameda adoquinada, y en la calle noventa y ocho giré hacia la derecha, avancé dos cuadras más y ojeé a mi alrededor tratando de reconocer el sitio en que me encontraba; al comienzo me pareció estar caminando como por un oscuro laberinto, el mío, el de mi propia mente, confuso y sin salida; golpeé en cualquier puerta con la sorpresa de que no la vi salir a ella, sino a un señor visiblemente disgustado insultándome.

—No la moleste más, ella no quiere saber nada más de usted, ¿es mucho pedir?

Me limité a pedir disculpas y a proseguir; caminé una cuadra más y golpeé en otra puerta... esta vez debería tener suerte, aunque, a decir verdad, sólo lo pensaba más como una esperanza porque para ese momento, y en mi desvarío, no alcanzaba a coordinar mis ideas y mis recuerdos eran disolutos; pero lo que sí reconocía era ese timbre al buen estilo gótico con una diminuta estrella de seis

puntas que había captado mi atención la primera vez que había ido.

En vano timbré durante algunos minutos hasta que, al fin, el frío matutino me colmó la paciencia y comencé a darle puñetazos a la puerta y a gritar como un loco que me abrieran. Finalmente, y después de alarmar a los vecinos, hube de declinar ante mi propósito y me marché rumbo a la avenida en que la había visto la primera vez.

Mis ojos contemplaban el pavimento a medida que avanzaba, también veía unos zapatos, los míos, probablemente cansados y tristes. Sólo recuerdo que me detuve un instante, y cuando me dispuse a dar el siguiente paso, algo, o alguien, golpeó con fiereza mi cabeza, sentí que perdía el conocimiento y me desvanecí sobre el piso.

X

Lo fijo, lo inmóvil, lo eterno, debía buscarlo debajo de ella, dentro de ella, hacia el interior de su mar de silencios y soledades, en su piel inmóvil. Debía descocer su cuerpo a puñaladas y amar su secreto encanto, debía arrancar su piel con mis manos y ver qué perfume, qué ángel degollado habitaba su universo poblado de libélulas inasequibles, su dios fugitivo y letal dormido detrás de sus senos angelicales y felinos. Yo no debía amarla sólo por la textura de su cuerpo, por la disposición de sus órganos, por la mera orogenia de su cabellera desatada; era preciso ir más allá de su tristeza o su ternura, de los sueños hermosos que se llenan de alas con el mero hecho de que ella los toque. El cuerpo es sólo tiempo y es siempre lo débil; el tiempo lo da y el tiempo lo quita, el tiempo lo llena de dolores y de polvo. Yo no debía amar sólo una cárcel y encerrarme en ella como si fuera mi libertad más plena; yo debía amarla por lo que ella era en esencia, por dentro, por su dios encarcelado que, si no era alado, al menos debería tener plumas.

Pero si de repente ella había permanecido en la sombra, pálida, invisible, ignorada, no era porque un fuego no la abrasara y una llama no la tendiera sobre la espuma caliente de la vida; era probablemente mi insulsa estupidez de no querer arrebatarla a mi mundo, o de no querer fundir mi textura a la textura de su roca. Entonces me di a la tarea de no quererla, es decir, aunque la quería, nuestros cuerpos fueron diluyéndose en la bruma. En cambio Mariam era el madero al que me crucificaba, el ara ante el cual me inclinaba para hacer el sacro oficio, la flecha que me desenterraba para volver a lanzármela; ella era Mariam² o a la 20, mi amor perpetuo, mi plantío inacabable de pájaros azules, la mujer a la que amaba no para que me amara, sino para sobrevivir.

La otra, en cambio, crecía más en las pasiones estériles y los ciegos ímpetus quemantes y devoradores. También fue mi error, es cierto. El cuerpo oculta el alma, pero si diseccionamos el cuerpo y lo descosemos a cuchillo ¿qué queda? ¿Acaso se puede ver el alma recogida en su santuario? No, ella no está en su cueva ni es preciso punzarla con un tenedor o con agujas para que salga de su nido, y después, si acaso abre los ojos y advierte que uno la mira, no es posible mostrarle el aire y decirle: «eres libre». Pero también a veces pienso que yo no he hecho nada, y si bien sigo enclaustrado en la idea de que lo fundamental no es el cuerpo y que este es sólo una aglomeración transitoria que encierra lo importante, también es cierto que el cuerpo es el generador de una sustancia vital con la que podemos transformarnos, y eso en manera alguna puedo

desconocerlo.

—Yo no he hecho nada —pienso en esas noches despejadas, y me quedo como atontado viendo la inmovilidad de las estrellas hasta que advierto que no están inmóviles y que, de repente, se han ocultado debajo del marco de madera de la ventana.

Quizás después me levanto como un sonámbulo y me acerco a la dormidera para oír sus ronquidos, pero no advierto más que mi propia respiración. Yo vivo en este rinconcito, en este hoyo; aquí no hay mucho viento para emprender el vuelo, pero al menos me dan abrigo y comida; y al menos hay también un jardín al que uno puede salir a orinar en las noches —de día también se puede salir, pero ya no a orinar— y a escuchar a sus habitantes diminutos. Primero no percibo más ruido que el que proporciona la cercanía de las montañas, pero después, ya cuando me dirijo a mi alcoba, escucho el sonido de unas pisadas; y después ya no escucho nada porque me tapo los oídos, ya por si alguien quisiera asustarme con sonidos monstruosos, ya por si al otro día aparece alguien diciendo que me lo dijo y que me lo advirtió, y que esto y que lo otro, en cuyo caso yo puedo argumentar que no escuché nada y que perfectamente pueden esculcarme o entrar a mi habitación y revisar a ver si encuentran algo.

XI

Simulo que camino mientras contemplo el mundo; el mundo es sólo un puñado de polvo, una arena perdida en la inmensidad. Y yo lo contemplo lleno de humanos que poco a poco se van fosilizando, y que se cubren de pelo y se van de árbol en árbol, llenos de pezuñas y de escamas. Cuando esos humanos pierden la inocencia comienzan a construir lo fingido y lo vano, cuando han nublado el Sol por completo se inventan luciérnagas y le llaman virtud; cambian el tesoro por un poco de estiércol y son siempre los mismos, siempre tan idénticos, tan fútiles y estériles; hasta hablan de paz, de sociedad, de justicia, de evolución y de un poco de sandeces... qué estúpidos, esos insulsos no saben que la espina que tuvo el hombre al principio es la misma que lo envenena y lo traspasa siempre. Es la misma ira la que impele a un salvaje a arrojar la flecha como al civilizado a soltar sus bombas. No evoluciona el hombre, evoluciona su ira y su enojo en las formas de lograr su venganza, se complejizan los procesos materiales y mentales, pero el hombre es, en esencia, el mismo; el mismo pobre barro pensativo que se angustia, que es vulnerable, que miente y fornicia y odia. Puedo verlo nítido detrás de la mariposa que se pega al vidrio. Y mientras todo eso pasa yo sigo contemplando el mundo mientras camino, mientras doy pasos en el vacío, acostado en mi cama de demente, y quizás después llueve y tiembla la hierba a lo lejos y los árboles se mecén hastiados de su sepultura. Inevitablemente, un instante después, los ojos del día se cierran, y también mis párpados se juntan con la tierra hasta dormirme con el mismo alambre que atraviesa mi corazón herniado.

Yo no estoy loco. Estoy cansado de gritarles a esos ínclitos dementólogos que yo estoy en sano juicio y que, si a veces actúo fuera de casillas, es porque no resisto tanto dolor en el pecho, porque no soy capaz de soportar esta impotencia que me enloquece, la ausencia forzada de lo que alguna vez amé tanto. Pero ellos actúan a sus formas y con indiferencia, en semejantes condiciones es lógico que, de algún modo, yo tengo que llamar la atención para que sepan que no hablan con un pedazo de mierda y que mi dolor, aunque replegado, existe. Ya quisiera yo que ellos no estuvieran frente a un pobre viejo sentimental, sino frente a ese muchacho robusto que iba al frente de la escuadrilla; entonces no resistiría las ganas que contemplar el ruido de las balas y hasta el puñal insertado contra el cuerpo indefenso que yace al lado izquierdo de la alameda y del que brota sangre de una mujer dulce y amada.

Ahora abro la ventana, es indudable que el invierno ha comenzado y que el dolor afluye al alma. No importa que las gotas me mojen, yo no soy árbol

cortado y, por tanto, jamás retoñaré; no importa que el viento arrastre mis cabellos, yo no soy germen y, por tanto, jamás seré fecundado, ni jamás me llegará sobre una rosa para fecundarla. Hacia el sur se encierra cada vez más el cielo de nubes y de espantos, pero más oscuro esta mi pecho, y más hueco, más vacío; abridlo y veréis que aquí no hay nada, aquí no crece musgo debajo de las piedras ni los pájaros carpinteros hacen nido en los árboles secos. Sola está mi alma en medio del desierto, sola con esa soledad que la busca y que tiene urgencia de su piel. Con gusto ahora mismo saldría corriendo hacia el lugar en que la enterré y escarbaría hasta entrever su mano agusanada, y de allí asirla hasta sacar su cuerpo putrefacto y su carne que se cae poco a poco.

—Señor, se puede ir.

—No, no se puede ir, ella sigue cada vez más vivaz y más intacta; ella no va conmigo del lado izquierdo de la alameda, sino que...

—Señor, ¡que se puede ir! —Gritó el enfermero de forma tan estridente que por un segundo confundí su voz con uno de los truenos.

—¿Cómo? —Repliqué.

—Su esposa no pudo seguir pagando su estadía y nosotros no podemos seguir teniéndolo acá.

—¿Esposa? ¿Acaso tengo esposa?

—Este sí está definitivamente loco —espetó mientras se alejaba.

Yo me quedé estupefacto. ¿Acaso Mariam no había muerto? No, pero eso no podía ser; yo recordaba que por mucho tiempo la había tenido en la casa, tratando de revivirla y que, posteriormente, la subí al zarzo de la casa, y días después, cuando comenzó a heder, la enterré en el patio de la casa. O ¿acaso todo había sido una patraña suya para asustarme? ¿Ella había decidido oler a muerto para que yo pensara que en verdad había fallecido? Sin embargo, eso no me parecía cuerdo, Mariam había sido asesinada por un par de miserables mientras nos dirigíamos a la casa, por la alameda adoquinada. Me quedé pensativo por un momento, y de repente, me pareció ver mis manos manchadas en sangre a la vez que oía como una especie de canto: «Hacia ti se dirige mi universo polar... hacia ti corre el vendaval de la mañana impregnada de pájaros». ¡Yo no debía estar en el manicomio, sino en el panóptico, mi crimen reclamaba justicia, yo era el culpable! Pero ¿acaso yo era el culpable? ¡No! Uno no puede ser culpable de una alucinación, por más viva que sea o por más deseo que haya en realizarla.

XII

Mañana saldré a la batalla, muy de madrugada me desnudaré y saldré dando alaridos por las calles mientras mi sangre y mi furia se calienta. Es preciso morir o vencer, pero si he de morir, ¿por qué no hacerlo en el campo de batalla, en medio de la guerra? Sí, para que seguir con esta farsa, con este loco deseo que me domina, con el sonido del viento en las noches en que yo me imagino desquijarando el león más fiero, o cuando oigo el sonido de las balas y no resisto apretar con gran gozo mi fusil y yo me imagino en mi infancia, galopando en mi caballo blanco, hacia ninguna parte, buscando —aún entre la niebla— al enemigo que no alcanzo a ver, pero que debe estar muy cerca, que se mueve entre los árboles y que se difumina antes de que lo atrape. Y sí, lo está, se esconde debajo de las tablas y arrastra cuerpos, brazos, cabezas; el enemigo está en tu propia casa y debe ser horrible enfrentarlo, pero mucho más dulce si te llenas de una fuerza subterránea, si el aceite de tu cuerpo no se riega y enciendes con él tus lámparas. O tal vez no. Quizás sea hermoso enfrentarlo y esparcir su ceniza maldita en medio de aquellos que lo amaron. Pero no basta decir que mañana lucharé, ni pensar que apresaré el Sol entre mis dedos, ni que vendrá a mi alma unos lomos de mujer. Me he hecho viejo comiendo tres tostadas; parece que fuera ayer que tropecé con ella, en la primera mesa de la cafetería, y ella igual, silenciosa, bella, con el embrujo escondido en sus ojos y el cual me lanza justo en el momento en que me aventuraba a contemplar el destello marino de su rostro.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondí tímidamente y con un gesto de sonrisa.

Haría un par de días que la había visto. Al parecer se había mudado hace poco, y aunque al comienzo no me había impactado, cada vez que la veía me parecía más hermosa. Sus ojos eran grandes y oscuros, su negro cabello colgaba como una cascada perpetua desde la cima de su cráneo, no era muy alta y eso me hacía sentir seguro, es decir, cabía entre mis dedos y podía ceñirla con mis brazos... era Mariam, mi eterna; ella era bella porque era ella —sencilla y sin necesidad de aditivos— y porque sólo ella revivía con su sonrisa el día destruido; yo les juro que sólo ella, aún ahora, sería capaz de reunir sangre y nervios, hender la tierra, volver a la vida y salir agitada, con su cabello al viento, a buscar a su amado para darle un «beso de trompeta» —así le llamaba ella— antes de desmayarse.

Es cierto, yo quise a Ilenia con todo el corazón que me fue posible, pero ella,

a su manera, se encargó de matar ese querer; ella estaba destinada sólo para cierto momento, para ciertas horas... su hora ha pasado y sólo queda la negrura, su día se ha extinguido y no sé ahora qué sea de ella; quizás ahora es infeliz y, como yo, vive en una choza de madera comida por ratones.

—Su esposa no pudo seguir pagando su estadía —me acordé en ese instante.

Sí, era lo más probable, pero ¿por qué? ¿Cómo? Yo tenía algún dinero que bien manejado servía para vivir con holgura, la casa sem-icitadina y una pequeña finca en las afueras de la ciudad; no podía entenderlo, ¿qué había pasado? Y por muy difícil que fuera la situación, ¿por qué no había ido por mí? Yo hubiera vuelto a ser feliz viéndola con la timidez ingenua de su boca o con el recogimiento de sus hombros mientras lentamente se acerca para besarme. Pero la realidad era otra, yo había sido echado fuera del manicomio porque ella no había podido seguir pagando mi estadía... cuán feliz me hizo eso, y hasta me alegré que acaso ella estuviera en la inopia porque quizás esa era la única forma para que yo pudiera huir de esos barrotes blancos y de entre tanto psiquiatra hipocondríaco y neurasténico.

Una vez salí de allí deambulé por muchas partes mendigando un trozo de pan y buscando un puente abrigado para guarecerme de la lluvia; algún tiempo después logré ponerme a vender una que otra baratija, y luego pequeñas pinturas que hacía en la calle, hasta que llegué a esta choza cerca del río, no es tan reconfortable como la casa junto a la alameda, pero desde aquí puedo ver las estrellas correr hacia su nido y valorar una palabra, un abrazo o el pan servido a la mesa. También puedo observar las explosiones como un gigante centelleo de juegos pirotécnicos y ver la manera en que flotan los cadáveres en el río, a veces brazos, piernas, caras con los ojos abiertos. Entonces me quedo inmóvil, yerto, pensando por muchas horas en lo sagrada que es la vida; no creo que sea justo que unos foráneos se apropien de nuestro territorio a sangre y violencia y, sin mediar palabra, vayan cerrando los ojos de aquellos que se aferran a una última raíz y al alimento que le arrancan a su tierra.

Han logrado entrar unos pocos, pero debemos ir a reforzar las tropas en la frontera y bombardear, barrer su subversivo espíritu; quiera Dios que yo los pueda tener en mis manos y arrancarles la lengua, quitarles las uñas, arrancarles la piel y matarlos poco a poco mientras los envuelvo en alambres de púas. La vida es sagrada, por eso, si logran sobrevivir después de todo ello, que sobrevivan; y si nosotros logramos sobrevivir después de una noche de hostigamientos y de ataques, que sobrevivamos y volvamos a nuestras casas, a nuestros hogares, con nuestras esposas, con nuestros hijos y nuestras hijas. ¿Qué he dicho? Qué sentido tendría volver si nadie me espera, si no hay brazos abiertos al viento ni piel que anhela mi cuerpo... nadie corre hacia mí para

decirme papá, o para preguntarme ¿qué es esto? O para decir: «abrázame que hace frío».

Ahora me invade la nostalgia y mi pobre ser se debate entre la idea de ir a guerra y morir en ella o jamás ir y quedarme en estas tablas, contemplando el torbellino de muertos y viendo, como primer espectador, la manera en que mi alma se envejece y se pudre. ¡Si tan sólo tuviera a Mariam! Ella me encarcelaría entre el paréntesis de su sonrisa y yo ahí viviría feliz por mucho tiempo, recluso entre las bardas de su boca, eternamente dichoso en la penitenciaría de sus labios. Inclusive hasta me dan ganas de volver a la casa en la que vivimos juntos y desenterrarla, ponerla entre las sábanas y amarla a mi manera.

Ahora me invade la nostalgia... ¡Qué monstruo es este? ¿Qué bestia tan horrible se yergue ante mí, en la mitad de mi cueva desolada, y me deja como inmóvil, en el desierto inmenso de la parálisis y a punto de morir? Vivir así no tiene sentido, la vida debe tener una razón de ser más allá de la de consumir cada segundo, de sobrevivir al día, o simplemente, de nacer, amar por un instante, reproducirse y morir. Y acaso yo lo sepa mañana, cuando entre al campo de batalla, cuando la muerte me rodee por todos los lados y pueda verla de cerca. Mientras tanto, y en medio del orín transparente de mis ojos, avanzo hacia el río y empuño mi fusil; es curioso pero, a pesar de la guerra, el prado ha reverdecido y es hermoso oler las flores.

XIII

Ella atravesó a pasos agigantados un pequeño bosque en la falda de la montaña y llegó a una pradera algo reseca por el verano, se detuvo un momento y desde allí divisó el caserío en que había vivido hace algunos años. Iba feliz como ninguna, y hasta le sudan los ojos con ese sudor que sólo la alegría puede darle; sus ojos parecen dos linternas y su cabello rojo es un potro indomable jugando con el viento, ¿o es el viento el que parece un cervatillo inquieto jugando con las olas crepitantes de su pelo?

Corrió otro tramo y rápidamente llegó al extremo de la calle adoquinada, se pasó los dedos por la frente y, tras un rápido descanso, intentó seguir su marcha con la sorpresa de que ya las piernas no le respondieron y su jadeo apenas si le dejaba tomar aire. Avanzó con una precisión definida y exacta hasta la calle noventa y ocho, giró hacia su izquierda, se detuvo casi al final de la cuadra en una desvencijada casa infestada de plantas trepantes que tapaban parte de la fachada y con un césped que llegaba casi hasta el techo; hay un vidrio roto y las ventanas se muestran visiblemente empolvadas, como abandonadas desde hace mucho tiempo. El desconcierto de la muchacha —tiene quizás unos doce o trece años— es grande, su rostro refleja un alto índice de extrañeza, desconcierto y, a la vez, algo de desilusión; hasta diría que quizás pensó que se había equivocado de sitio y estuvo a punto de marcharse si no hubiera sido por un ladrido que escuchó al interior de la casa. Se acercó a la puerta y quitó algo de enredadera que había en la parte alta de la puerta, limpió el moho de la placa con su mano y se detuvo a corroborar lentamente la dirección; una vez hecho esto su rostro cambió visiblemente, ahora volvía a estar feliz, tanto o más como hace veinte minutos cuando corría, como una bella niña por el prado. Tocó tres veces seguidas a la puerta y esperó un momento antes de volver a tocar, esta vez no tres veces, sino una serie infinita de golpes que duró hasta que su mano quedó cansada; su alegría ahora es impaciencia, y en sus ojos se alcanza a vislumbrar algo de humedad e impotencia; no insistió más y se marchó, ya iba saliendo a la larga alameda cuando volvió a escuchar el ladrido, se detuvo un instante y se volteó para mirar, pero no pudo advertir nada más que la misma envejecida casa.

Ella sólo tiene un par de billetes de mediano valor y unas cuantas monedas que no le servirán más que para sobrevivir algunos días, entre tanto, no le queda más esperanza que hallar a ese a quien busca, pero ¿a quién podría buscar? El verano se ha instalado con su séquito de zancudos, y si no fuera porque uno de ellos le pica en el pecho, no advierte que tiene la blusa rasgada y se entrevé

tímidamente uno de sus incipientes senos; trata de arreglarse un poco, pero su ropaje está irremediablemente estropeado; se detiene para ver en qué sitio se encuentra y prorrumpe en llanto. Ha caminado hacia ninguna parte y ahora está bien entrada en la ciudad, en calles que no conoce, sola, semidesnuda y sin sitio donde pasar la noche; camina un poco, y todavía con ojos agudados, se decide ir a buscar el puente más cercano y allí dejarse morir o esperar el nuevo día.

—¿Morir? ¿Dejarme morir cuando ni siquiera he comenzado la vida? No, obviamente que no, mañana muy de madrugada volveré a mi casa y le explicaré todo lo sucedido —piensa.

Es que ni siquiera sé qué he venido a hacer aquí cuando, muy probablemente, él todavía me espera y sus brazos están aún abiertos desde la noche en que se cerraron contra mi cuerpo tirado en la calle. Pero ¿me espera? No, ¿cómo podría esperarme? Sólo si hubiera enloquecido imaginando toda ésta pléyade de cosas podría permanecer en mi espera. ¡Qué torpe he sido! Y ¿por qué no volver ahora? Sin embargo, es muy tarde y difícilmente conseguiré transporte a esta hora, estos terrenos se ven un poco desolados y prefiero no moverme de acá y dormir aquí por esta noche.

XIV

Estoy parado al borde del puente, frente al río, y con gran gozo ciño mi fusil; tengo el cañón en mi cabeza y el gatillo cerca de mis dedos por si decido suicidarme. También he amarrado una piedra a mi pie derecho por si decido que nunca me encuentren, entre tanto, y mientras alguna de estas cosas pasa, mastico un chicle mentolado y me sacó el mugre de las uñas. Esta tarde el río está tranquilo y es como si nada pasara, inclusive a lo lejos dos arrayanes se cuajan de flores violetas y el viento pasa sin arrastrar los planetas que orbitan en mi cerebro, asteroides, estrellas fugitivas a las que les pido un deseo tan pronto desaparecen sobre el horizonte.

Voy a hacer una cosa: si mañana no sale el Sol es síntoma de que debo continuar con vida; pero si amanece, si los gallos cantan presagiando su regreso, muy de mañana saldré con mi fusil y en este mismo sitio, junto a estas mismas maderas y antes de que termine de salir, dispararé la bala de modo que arrastre y quemé mis cabellos, y luego de manera que cierre mis ojos y me vede para siempre el recuerdo de Mariam, de manera que caiga —amarrado a la piedra— a este pozo profundo en que las piedrecillas que he arrojados durante las últimas dos horas parecen hundirse profundo y caer allá donde las tristes almas se pudren y se queman.

Está atardeciendo, todo lo que tengo de oscuro por dentro me pide sombra. ¿Qué más sombra puedo pedir si me tengo a mí mismo? ¿Qué ángel negro se apoderó de mí? ¿En qué época rodé al fondo de mis elucubraciones mentales y mi laberíntico enojo irrumpió como una llamarada en mis propias paredes? Dicen que hay un planeta casi tan grande como el Sol y que se aproxima a la Tierra. Ya quisiera yo que ese planeta llegara mañana y que viniera justo sobre mí; yo sería feliz tan sólo con divisarlo a lo lejos, aunque reconozco que también sería feliz con divisar a lo lejos a Mariam, riendo, danzando entre los pinos.

XV

Me desplomé sobre el piso y no supe nada más de mí hasta que me desperté en el hospital y la vi a ella. Es imposible borrar de mi memoria aquellos instantes en que Ilenia sonriente se acerca a mí y me besa en la frente, acto seguido se sienta a mi lado y me acaricia la mano. Yo estoy aturdido, somnoliento, aletargado, pienso en lo dulce que son los sueños y, finalmente, quedo dormido. Cuando despierto me duele mucho la cabeza, reconozco que estoy en un hospital, pero no sé qué ha pasado, me llevo la mano a la cabeza y descubro que hay hinchazón y que tengo algunos puntos de sutura.

—¡Doctor! —El grito retumbó en el cuarto y una enfermera de lindas formas entró en la habitación.

—¿Si?

—Yo no la llame a usted —digo con un poco de enfado mientras sigo palpando levemente mi cabeza ya que el dolor es bastante agudo.

—¿Qué me pasó? —Replico.

—Señor, recibió varios golpes con un objeto, posiblemente metálico, que le ocasionó múltiples contusiones y —miró justo a mi cabeza— esa herida y algunos hematomas.

Me quedé pensativo algún tiempo, no entendía lo que estaba pasando; hasta donde yo sabía no tenía enemigos, y por lo que me narraba la enfermera, alguien había tratado de matarme, o por lo menos, de darme una buena golpiza a manera de venganza. Yo era un ser huraño y difícilmente entablaba relación con alguien, para bien o para mal; me dedicaba simplemente a pintar algunos cuadros y leer uno que otro libro con temas de mi interés, aunque la verdad es que tampoco me sentía tan arruinado para la escena que describía la hermosa mujer morena de ojos cafés que en ese momento había entrado.

—Ya está lista su orden de salida, ya vinieron por usted —dijo en tono amable.

—¿Cómo? —Repliqué.

—Que ya puede ir a su casa, con su esposa, que a propósito, lo está esperando.

—No señorita, está usted equivocada, yo no tengo esposa —repose.

—Bueno, entonces debe ser su hermana, o una amiga, qué sé yo.

—También se equivoca —agregué—. Estoy absolutamente seguro de que nadie viene por mí —hice una pausa.

—Vivo solo —añadí con un poco de tristeza.

—Permítame un segundo y averiguo —dijo ella y salió con una planilla que llevaba en la mano.

Todo esto no me trajo más que un recuerdo: Mariam; sin embargo, un minuto después y a manera de lenitivo, regresó la enfermera.

—Sí, dice que es una amiga suya, se llama Ilenia y es la que lo trajo hasta aquí y la que lo ha visitado durante estos días.

Por unos instantes me sentí feliz, pero ¿acaso no iba yo hacía su casa cuando todo esto sucedió? En el momento no pude siquiera recordar para qué era que la buscaba y sus ojos en la habitación borraron del todo lo que trataba de recordar; ella se acercó hasta mí y me abrazó, entonces fue como si se hubiera encendido una fogata en la mitad del invierno, y después de agradecer sus cuidados, me aferré como un niño a su madre y me abandoné en el cielo tibio de sus brazos.

XVI

Muy de madrugada me levanté, me maté dos pulgas que tenía en la barba y me apliqué limón en las axilas. Obviamente no estoy dispuesto a cederle ni un milímetro a la muerte y por eso, acto seguido, hice a un lado el vetusto colchón deshilachado, saqué debajo de él algunos cartones y una gran cantidad de periódicos deteriorados por la humedad y el polvo y, acto seguido, me apresuré a tapar todos y cada uno de los orificios por los que dos o más horas después, eventualmente, entrarían los primeros rayos del sol. Fue una labor frenética y dispendiosa, pero una hora y media después ya todo estaba tapado y, como si fuera poco, me fui al río y me aprovisioné de agua, cogí algunos panes y me refugié al interior de un gran baúl que me había encontrado no muy lejos de allí y me envolví en una cobija en espera del tiempo.

Sabemos que el Sol sale porque lo vemos en el filo de las montañas, pero en sí no es que salga o que no salga; es simplemente que uno dice que salió porque lo ve y hasta puede sentir sus manos calientes acariciando el cuerpo, sólo por eso. Desde este punto de vista el Sol no iba a salir ese día para mí y yo iba a tener varias horas de absoluta oscuridad... estaba dispuesto a seguir con vida. Y aunque era probable que el Sol no saliera ese día —siempre existe la posibilidad—, yo quería evitar el riesgo, y por eso estaba ahí, en mi propia oscuridad, encerrado en un baúl, a solas con mi propio monstruo. Pensé primero en lo importante que era la vida e imaginé a la materia primitiva saliendo del caos invisible, fermentar y condensarse poco a poco hasta llegar a su nivel calórico más bajo en que, a pesar de ello, es materia magmática que explota en el espacio por doquier; también se me vino a la memoria el hombre invisible saliendo de la mente de Dios y condensarse poco a poco, hasta vestirse de pieles en esta tierra de dolor.

He dicho que la vida es importante, pero por un momento contemplé mi nadería y todo este torbellino de cosas sin aire; yo era el mismo y en nada había cambiado, yo era la escoria escondida en los sauces, lo que nada es, y si por casualidad todavía apreciaba la vida, no era por el cuerpo —polvo transitorio—, sino porque necesitaba lo que me quedaba de sangre para ir a la guerra y degollar a los ángeles oscuros de mi casa, ¿qué otro sentido podría darle a mi vida si no era ese? Ya estaba cansado, hastiado y hasta con náuseas de tanto arrepentirme y ser siempre el mismo títere hijo de flaquezas carnales, hundido en un abismo sin fondo donde las eternas piedras caen para recomenzar una nueva ascensión mucho más dolorosa. Era indudable, yo era mi propio enemigo; allá en

mi propia piel, país subterráneo, lleno de alacranes, armadillos, prostíbulos, sacerdotes, cuevas, ladrones, habitaban doncellas de corazón amargo; allá me vivían dragones subterráneos, allá había un país lleno de muchas gentes peleando entre sí, feroces, nacidas de mi propio mar antropófago, de mi propio río oscuro que era oscuro porque yo me había convertido en un pobre ser sin dios ni ángel, porque yo era un imbécil y no tenía las agallas como para suicidarme, y tampoco era lo suficientemente hombre como para seguir con vida o respirar mientras mi propia piel se muere y se pudre con sus huéspedes. Debía realizar un cambio radical al interior de mí mismo y eso era lo único importante, lo único real por encima de cualquier creencia; porque la creencia de nada nos sirve y sólo es una alucinación más enorme.

En ese punto desee con todas las fuerzas de mi alma descansar para siempre en ese baúl, y como no tenía la suficiente hombría para cortarme las venas, le pedí a Dios que me matara ahí mismo y me durmiera para siempre. Y hasta lo amé por un momento cuando, en efecto, me sentí sofocado y como si el aire me faltara; pero después, cuando salí de allí forzado por un estúpido instinto de supervivencia, atado aún a este corrupto consuelo de vivir y por la necesidad imperativa de mis pulmones que reclamaban aire, lo odié con todo el odio que me fue posible y lo reté a pelea, le dije que era un cobarde y cogí un cuchillo por si de veras se atrevía a bajar de su cielo, por si tenía los suficientes testículos de medirse conmigo... fue en vano, me tumbé en el piso y me dejé llevar por las puñaladas del remordimiento hasta que, no sé cuánto tiempo después, alguien llamó a la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Me dio indignación, pero me acordé de los huéspedes de mi casa. No somos nada. Y sólo somos algo cuando logramos libertarnos de nuestros propios deseos y pasiones.

—¿Hay alguien ahí? —Insistió una recia voz masculina.

Vacilé por un segundo y al fin me arme de valor para responder.

—Sí, yo y mis enemigos.

Quitó un pedazo de cartón para indagar de quién se trataba, pero era de noche, aún no había amanecido y no logré ver a nadie; sin embargo, antes de volver a mi sitio de muerto, pude ver nuevamente y con ojos expectantes, la forma en que el cielo se iluminaba con un par de explosiones y el sonido de las balas se volvía a hacer eco en mis oídos; esta vez se oían como el sonido de amados besos y hasta se me hizo reconfortable saber que allá afuera, entre los árboles manchados, había alguien y que no estaba solo.

XVII

Recuerdo todavía que la impresión de Ilenia fue de mucha alegría cuando entramos a la casa, y justo a la entrada de la sala, en el muro derecho, vio el mural y a ella plasmada en él. Huelga decir que me sentí muy avergonzado porque, además de ella, también estaba yo que la llevaba de la mano. Al poco tiempo ella se vino a vivir conmigo, y después de mucho discutirlo, llegamos a la conclusión de que la mitad del pendiente que ella siempre llevaba colgado del cuello, a pesar de ser idéntico al de Mariam, y de tener una minúscula mancha roja en uno de sus recovecos, debía ser otro, después de todo un diablo se parece a otro diablo.

Me enamoré de ella, y cada día tenía una palabra amorosa para ella, hasta que ya no hallaba ni qué decirle, pochochis, cucurrucú, «pato feo», y así hasta quedar sin lengua y sin palabras, sin semen y sin gritos; pero quizás toda esa masacre sólo había consistido simplemente en un fugitivo resplandor en la noche, algo condenado a perderse desde el principio; una extraña voz en mi interior me lo gritaba y yo lo sabía secretamente. No que no la hubiera querido, porque yo la quise con todo el amor que me fue posible, pero quizás sólo tuvo el infortunio de que la conocí en el momento inadecuado de mi vida, con el precedente de un amor más grande que, en últimas, hacía que todo me llevara hacia ella, hacia Mariam; o quizás todo lo que pasó fue que la tuve de una forma tan intempestiva y fue tan mía de todas las maneras que un día me hastié de ella y comencé a imaginar que algo debería haber detrás del espeso bosque de sus ojos, de su delgada cintura blanca, de su vulva suave como la espuma o de sus manos jugosas como un racimo de mandarinas. Entonces se me ocurrió que ella podía ser una virgen si se lo proponía y una tarde le quité la ropa con violencia, cogí una sábana blanca y se la envolví por todo el cuerpo. Desde ese día yo no volví a tocarla y ella cambió en formas tan definitivas; juntos cambiamos tanto que llegó el punto en que hasta sus mejores virtudes me fastidiaban, no era ella ahora mi refugio ni soñaba con tenerla a mi lado, junto a mí, con la Luna en su cabeza y viéndola sonreír, con todo el cuerpo florecido. Sin embargo, yo aún la quería, lo que no quería era seguir amándola con ese amor que termina en cansancio y en hastío, en ese movimiento peristáltico de los cuerpos que deja sólo amargura. Y en ese sentido, aunque la quería, no supe quererla; la amaba a las malas maneras, y quizás ella también un buen día se cansó; hasta recuerdo que en alguna ocasión intenté violarla, pero ella asió un palo grueso y me golpeó hasta dejarme sin conciencia. También por eso yo la amaba, porque ella podía

ser dulce como la rosa y rebelde como su espina. En fin, después de todo lo mejor es no obligar a nadie a que nos quiera, y que no se puede; obligar a alguien a que nos quiera es como obligar a un puñal a que nos corte. No podemos obligar a nadie a que nos quiera; podemos, a lo sumo, dar nuestra vida por el ser querido, merecer ser amados, mas no esperar a que se nos ame por nuestros merecimientos.

La vida y el amor son una cosa extraña, tan voluble y cambiante. Y, sin embargo, a veces pasa un milagro inesperado, como el que hace una mano cuando, impremeditadamente, coge un vaso por el aire y evita que se quiebre. La ley de la gravedad dice que si tu mano suelta el vaso este cae y se rompe; pero algo en ti se substraee a esa ley física y acomete un acto nuevo. Y a mí me fue dado querer a Mariam de una forma tan nueva y distinta que, si bien lo olvidé por un instante mientras vivía con Ilenia, jamás murió y siempre estuvo ahí, latente, vivo como un Sol que al atardecer se marcha y se aleja y se hunde, pero que en ningún momento se extingue.

XVIII

Muy de mañana se levantó, fría y triste —fría debido al hielo matutino que trota por entre las calles de esta ciudad asesinada por la niebla; triste por la ausencia de eso que le parecía no haber perdido nunca y que, sin embargo, parecía tan distante—, se pasó los dedos por los ojos ampollados de tanto llanto, se vistió un saco que había usado como cobija y caminó hacia la avenida con el propósito de hacerle la parada a uno de esos carros en que pueden perder la virginidad las niñas menores de trece años —las de trece porque las de catorce en adelante, en estos tiempos, ya son hasta abuelas—. Afortunadamente el autobús en que se subió no iba lleno y aún no había llegado la hora en que comienzan esas apreturas.

Se bajó como a unos cinco minutos de la calle noventa y ocho, y rápidamente caminó por la alameda adoquinada. El día comenzaba a ser hermoso, soplaban un aire octobrinero y el Sol se alzaba sobre el firmamento difuminando la niebla. Ella dobló hacia su derecha y reconoció de inmediato, en una de las casas próximas, a Perico de los Palotes, un conocido comerciante famoso por sus sexibunderías y su estafalaria venta ambulante de toda suerte de objetos sexuales; trató de pasar desapercibida, pero con sólo la mirada indiscreta de uno de sus clientes y Perico volteó a mirarla también, claro está, no con ojos de monje penitente propiamente. Ella caminó rápidamente y pronto estuvo a la puerta de mi casa —la casa de este feliz ser anónimo—, estiró su mano hacia el viejo timbre de bronce en forma de pera y golpeó varias veces; se oyeron unos ladridos, pero nadie se asomaba o abría. Sus ojos se humedecieron, aunque de inmediato apretó los párpados y contuvo el llanto; volvió a tocar a la puerta, y cuando miró hacia el empolvado vidrio de la ventana del segundo piso, casi cubierto de enredadera, pudo ver a alguien tapado con la cortina; se trataba de una mujer de tez blanca, algo envejecida y parecida a la muerte, de ojos claros y que, definitivamente, le era familiar. A como pudo dio media vuelta y a tropezones corrió hacia la calle adoquinada con el firme propósito de coger el primer autobús que pasara para dirigirse a cualquier parte, lejos de allí.

—Debe estar muerto —pensaba.

Ya hubiera querido estar yo ahí para secarle el orín de los ojos a esa pobre niña; ya hubiera querido sacarme los ojos y dárselos, y que ella me pagara con una sonrisa. No la hubiera visto, es cierto, pero las mejores cosas son las que no vemos, las más vitales, por ejemplo, como Mariam, a la que no veo, pero que, inclusive ahora, me infunde aliento y me da fuerzas para recomenzar cada día; a

veces siento que está tan cerca, su recuerdo vaga cada instante por mi cabeza.

XIX

Perico de los Palotes siempre había dado muestras de ser un anacoreta muy piadoso, y hasta parecía un santo escondido detrás del gigantesco crucifijo en oro macizo que exhibía en su pecho y que tenía la boca tan abierta que podía vérselo los dientes. Hasta a mí me pareció en alguna ocasión que le faltaba una muela del lado derecho. Bueno, lo que sí no podía discutirse era que el orfebre que lo había elaborado, además de ser extravagante, era todo un eximio, ínclito y preclaro en su oficio, máxime si de la minuciosidad de los detalles se trataba. Sin embargo, parece que toda esa parafernalia y mercadería religiosa no era más que la fachada que los habitantes de su casa —porque cada uno de nosotros tiene los suyos— utilizaban para pasar como seres dignos de respeto; y que en últimas no lograba disfrazar por completo porque, después de varios años, todos nos quedamos sorprendidos cuando lo vimos convertido en un vendedor de objetos sexuales, que realmente era el escándalo verlo medir calles todos los fines de semana; aunque nosotros no podemos desconocer que después de tanto verlo como que se le fue perdiendo la importancia y la ruborización y finalmente, y debido a un manejo prudente y discreto, fue ganando acogida.

Inicialmente hacía ventas por catálogo y después acondicionó un carro donde traía sus juguetes dizque porque los clientes los necesitaban con urgencia y era una injusticia que el placer tuviera que ser pospuesto; además de esto sus ventas incrementaron debido a que a los clientes que hicieran una compra superior a cierto valor les encimaba a una mujer que les prestaba su vagina por dos horas para que hicieran uso didáctico de sus nuevas adquisiciones; hasta recuerdo que desclavó el Cristo de la cruz y, en reemplazo, puso una fémina totalmente desnuda, y esa sí que tenía la boca abierta, pero cuando uno le preguntaba decía que no era de dolor, sino de placer, que por ella no nos preocupáramos.

Sea como sea, ese rufián despachó rápido a su cliente, empacó en el carro sus porquerías y siguió a Estéfany durante todo el día, y finalmente, aprovechando la oscuridad de su alma y la negrura de la noche, se abalanzó sobre ella, la amordazó y la llevó al violadero que tenía por casa.

La noche es callada sólo al comienzo. Después alguien llega con una niña en sus brazos y se escuchan manoteos y quejidos a boca cerrada. Quizás si pones tu oído sobre el piso también te sea posible oír el sonido que una lágrima produce al choque con el piso. Es sólo una lágrima, pero explota como una roca y se queda inmóvil en múltiples partículas. Arriba en cambio no es la inmovilidad, sino el movimiento; hasta podría decir que el cuerpo tiembla de lujuria y que el

monstruo oculto se despierta, trepa como una ráfaga y se agiganta. Y se agiganta tanto que llega el punto en que no cabe en el cuerpo y sale a bocanadas, a chorros, inunda la piel de su olor a vida impúdica y se apodera de las funciones del hombre en que habitan —porque no es uno, sino muchos—. Desde luego que también se atavían de lubricidad y lascivia, y salen, buscan en las calles, en los rincones oscuros, en las partes solitarias, y se abalanzan sobre ellos como leones llegados de un ayuno extremo; les arrancan las ropas y se llegan a su sagrado sexo como una fusilada, como quitándoles una costra; y abren sus labios como puertas sucias, y los doblan y los lamen, y manchan el cutis con sus manos precarias. Entonces vuelve y cae otra gota como una pedrada, y ya no hay más movimientos ni sonidos... sólo el llanto, sólo el cuerpo violentado, sólo la desolación y el desconcierto.

De esto hace ya tanto tiempo; sin embargo, aún me duele como si fuera ayer que me lo hubieran contado, y como si fuera a mí al que se lo hubieran hecho. Y me duele también que habiendo ideado tantas formas artísticas para matar, y de una forma tan dilatada y dolorosa, me hubiera dejado enceguecer de la ira y lo hubiera desconocido a puñaladas en sólo unos segundos. No, mi dolor y mi furia merecían algo más digno, algo como quitarle la piel con cortaúñas o con alicates y dejar que sus heridas cicatrizaran un poco para tener la felicidad de volver a rebanarle la piel y las costras, algo como quitarle esa mujer crucificada y enterrársela hasta las entrañas.

Tengo un cuarto donde guardo las condecoraciones y los trofeos que he acumulado a lo largo de mi vida; en el centro de todos ellos, ocupando el lugar más importante, estuvo hasta hace algún tiempo la cabeza de Perico. Después advertí que tenerla allí era demasiado riesgo y me deshice de ella machacándola y desmenuzándola hasta que fue posible que cupiera por entre las hendidias del lavaplatos. Además también me había dado dizque por arrepentirme, entonces recé por nueve días consecutivos tres padrenuestros para poder tener la confianza de que, si me moría, me iba para el cielo. Aunque les confieso que esto no fue suficiente para que yo me sintiera tranquilo y le pagué a un político para que gestionara una ley donde machacar las cabezas de las personas no fuera delito; esto sí fue un fracaso porque siempre hubieron leguleyos, amigos de mi remordimiento, que declararon inexecutable esos procedimientos. Aunque, después de todo, quizás no necesitaba de ninguna ley para saber que mi conciencia estaba ennegrecida y que mi propio remordimiento era suficiente para delatar una culpabilidad escondida en mi conciencia; y era eso precisamente de lo que se trataba, de mi conciencia. Finalmente —y presa del desespero— decidí inyectarme una buena dosis de alucinógenos para que Perico apareciera como un espectro en mi cabeza y, de este modo, poder pedirle perdón a ese espíritu, y si

era preciso, ensalivarle con mi lengua los dedos de los pies; me acuerdo que hasta le dije que si volvía y reencarnaba yo le compraría en una tienda sexual un millón de dólares en mercancía para que desde pequeño se entretuviera y, después, cuando fuera más grande, pudiera seguir en sus sexibunderías.

Hoy reconozco cuán equivocado estaba.

XX

—Te despertaste risueña —le dije a Mariam.

Ella se despereza aún con los ojos cerrados y entre las cobijas. Yo me acerco y la beso.

—¿Será porque soñé contigo?

Ahora abre los ojos y me mira. Yo también estoy acostado, a su lado, debajo de las cobijas y del tigre que le regalé la semana pasada. Ella llevaba días diciéndome que era mi leona, se despeinaba y se lanzaba sobre mí disparándome sus besos a quemarropa. Un día, caminando por las calles del centro, repletas de comercio, cachivaches, bellas hetairas, dulcerías, etc., decidí no dejar rezagarme, y en una papelería de esas donde venden toda suerte profusa de cosas, desde esmaltes hasta panderetas, vajillas y relojes, ¡ah!, y por supuesto peluches, le compré el tigre que ahora ella coge de encima de las cobijas asiéndolo por las orejas y bamboleándolo de lado a lado diciéndole que es la cosa más hermosa del mundo. Al comienzo me había llamado la atención un oso de anteojos, un poco más grande que el tigre, pero cuando la muchacha me mostró el tigre a la altura de su escote dije: «me lo llevó». Yo lo tuve escondido durante algún tiempo enseñándole las malas maneras, el modo de rugir, de lanzar el zarpazo, y así hasta que me pareció lo suficientemente hostil como para que saltara sobre la presa y de un manotazo derribara su cintura sobre el césped mojado de la casa. Pese a todo ello, parece que todo fue vano; el muy granuja no ha siquiera ronroneado desde que se lo regalé a Mariam y siempre ha estado ahí, mudo, en la cama, con un hocico gigante como el universo o como la barriga de una mujer embarazada —eso sí, de niño, no de niña ni de mellizos—, inmóvil sólo hasta que ella lo coge a estrujones y, al fin, lo arrima contra su pecho.

—¿De verdad? —Digo entusiasmado.

—Claro que sí.

—Anda, cuéntame que te soñaste.

—Sí, pero si me dices a quién es a quien más adoro en la vida.

Yo me quedo un poco pensativo, mirándola a los ojos; mi deplorable instinto de supervivencia me dice que algo debe tramar, pero al fin me aventuro a responder.

—¿Yo?

—No, tonto, al que yo más quiero es a ti.

Ahora le habla al tigre, lo coge de las orejas y le apachurra los cachetes.

—Tú eres la cosa más bella del mundo —agrega.

Indudablemente yo me pongo en posición decúbito dorsal mirando hacia el techo; ahora es mi turno y he de ignorarla.

—No, mentiras, tú eres lo más hermoso, ¿me perdonas? —Dice en inigualable tono meloso.

Yo sigo mirando hacia el techo, haciendo cara de fusil, haciéndome el indiferente a pesar de mis ganas incontenibles de abrazarla, de saltar sobre ella, de exprimirla bajo mis dedos y decirle todo lo que la amo, todo lo que este feliz ser la sueña.

Ahora lo que siento es un beso infinito en mi mejilla y una mano blanca en mi cintura que se aventura, como un último astronauta, a explorar el indomable espacio de mi cuerpo.

—Anda, ¿me perdonas? Tan bravo... por eso es que te amo.

XXI

Caminamos en dirección al Sol a ver si lo alcanzamos. Por un instante nos anima el hecho de que ya casi llegamos a la montaña por donde hemos visto que se oculta, allá en esa que estoy señalando con mi dedo meñique porque los otros los tengo ocupados sosteniendo un durazno que me estoy comiendo; allá, justo debajo de aquellas dos nubes, no sé si ustedes también las alcanzan a ver.

—Joseph ¿quieres otro durazno?

—No pá —dice moviendo la cabeza.

Yo no sé por qué el abandono. En esas casitas de la periferia de la ciudad, sembradas de látigo y miseria, de hambre y de cuerpos escuálidos, crecen los hijos sin sangre, cuerpos numerosos, pero débiles, como el mar de tus ojos cuando están derrumbados, sin luciérnagas marinas ni peces. Es como si las generatrices y los fecundadores de donde brotan se creyeran unos árboles firmes que pueden proveer de pan y abrigo a esas infelices, inocentes criaturas que son paridas para el sudor y la desdicha, y que como en una rebelión invisible, se vuelven contra su propia gente desmembrando la paz que aún pudiera crecer en sus tapias, bajo sus techos, al interior de esa piel sufrida y temblorosa. Primero está el deseo y la locura, es cierto; la piel llama a la piel y cabalga sin riendas hasta su propio naufragio. En el momento nada ha de advertirse; y quizás hasta se han amado, pero entre sus frentes no navegan niños sin dueño, ojos que pueden cerrarse de frío o de abandono.

Yo lo conocí una de esas tardes en que el cielo parece llorar interminablemente, irremediablemente, allá en mi vieja choza cerca al río y desde donde se podían ver, incluso de noche, los cuerpos flotando, un poco de hierba, y más allá, a lo lejos, los pinos; ese bosque entre el cual a veces me quedaba mirando con la esperanza de que ella, Mariam, saliera corriendo atropelladamente, de entre la madera y la gritería de las gaviotas; pero primero me nacieron ampollas en los ojos de tanto mirar esa esperanza y no hallarla, primero me crecieron callos en los dedos de tanto palparla inútilmente en el vacío. Ella no llegó, jamás llegó. Pero un día, un día de esos en que el cielo parece llorar insalvablemente, interminablemente, y todos los ríos del mundo se desbordan, y todos los pinos tiemblan, y todas las gentes huyen a sus techos, alguien llegó; lo supe por el constante golpeteo en las tablas que hacían de pared en la cocina, bueno, la parte lateral que había habilitado como improvisada cocina. Al comienzo me fue difícil percatarme de ello debido al sonido de la tempestad que caía como una música hostil y poblada de ese recogimiento en los

nervios que nos hace sentir que no llueve hacia fuera, sino hacia adentro, al interior de nuestra propia guarida solitaria. Yo me acerqué hacia una tabla que parecía moverse casi que imperceptiblemente y escuché un débil golpeteo coherente con el movimiento de la tabla; al comienzo pensé que era sólo la misma lluvia rebotando la que causaba esto, sin embargo, con asombro advertí al siguiente día que la tormenta había amainado y la tabla seguía moviéndose, muy de vez en cuando, pero con tanta vehemencia que no podía tratarse del viento que soplaba a veces del oriente, además mis oídos percibían algo muy parecido a un quejido; en principio pensé que se trataba de un perro malherido, pero hube de declinar a mis confusas elucubraciones cuando salí a contemplar la manera en que reverdecían los prados y a sentir el aire fresco infiltrándose en mis poros. Lo encontré tirado contra las tablas y aún temblando, con un saquito rojo y en posición fetal. De inmediato corrí hacia él, lo entré y prendí el fogón a como pude con algunos leños que todavía me quedaban y lo acerqué para que tomara un poco de calor. No era la primera vez que lo había visto; después hube de advertir que era el mismo niño que alguna vez me había mendigado una moneda cuando yo iba en busca de Ilenia, claro, había crecido; en ese entonces tendría unos nueve años —ahora tenía catorce—, pero eso no había sido impedimento para que él se encariñara de forma tan fuerte conmigo hasta el punto de llegar a compararme con un padre.

Y así fue como esta mañana decidimos partir hacia el sitio al que él me decía que había visto a Mariam, que era una niña más o menos de la edad de él, o quizás un poco menos. Yo sé que todo esto raya verdaderamente en lo absurdo, pero finalmente accedí a hacerle caso, no tanto para ir en busca de Mariam, sino para medir tierra, darle un nuevo aire a mi vida y, por qué no, recomenzar, continuar con mi carrera de pintor —después de todo no era malo y mis pinturas, mal que bien, eran vendidas—.

—Bueno, yo sí me voy a comer otro —digo mientras introduzco mi mano en la bolsa en busca de un durazno.

Adyacente a la casa, cerca al río, hay un duraznero. A veces, sobre todo durante el verano del año pasado, parecía secarse y prepararse para la muerte, pero justo en ese instante algo en él reclamaba vida y se cuajaba de incipientes flores pequeñas, y tiempo después daba fruto. Esta mañana, ayudados por unas pértigas, Joseph y yo cogimos una bolsada llena de duraznos con la firme intención de llevarlos de provisión durante la caminata. Sabíamos que duraría aproximadamente día y medio, o a lo sumo dos días, así que no nos preocupamos por llevar más cosas para comer por el camino; nos vestimos simplemente con la mejor ropa que teníamos, empacamos algunas cosas y emprendimos la marcha hacia el sitio que él me indicaba y por el mismo que

ahora transitábamos.

Hace unos minutos que pensamos que ya casi alcanzábamos al sol, pero llegados a la cima de la montaña por donde parecía hundirse nos hemos visto un poco desalentados al ver que no está por aquí, sino que, contrario a lo que creíamos, empieza a cogernos ventaja porque ya va bajando aquella otra montaña que se ve allá como una ene desparrancada y trasquilada en la punta.

—Mira, se está poniendo rojo de ira porque lo estamos persiguiendo.

—No, es sólo que así se ve a veces cuando los ojos que lo miran guardan esperanzas.

—¿Nuestros ojos todavía guardan esperanzas?

—Claro que sí, y sobre todo tú que estás joven y tienes toda la vida por delante.

—¿Tú ya no tienes toda la vida por delante?

—Yo también, sólo que mi cuerpo ha de descansar muy pronto.

—No me pongas triste que me dan ganas de llorar —dice Joseph en tono de súplica melancólica.

—Claro que no, mira que todavía florecen luciérnagas en el aire.

—Pero de noche.

—Sí, de noche.

—¿Por qué mejor no descansamos?

—Sí, descansemos.

Yo tenía ya cincuenta años, realmente no estaba viejo, pero me sentía cansado, hastiado, quería un reposo aunque fuera de madera o de gritería de gaviotas, en sitios distintos, comenzar a morir mientras se alcanza el pan de la mesa, mientras el caballo del deseo se aviva o mientras estamos furiosos y distantes. Sin embargo, él iba conmigo; yo pensaba que, cuando llegara la ocasión apropiada, debería enseñarle ese arte difícil que había aprendido en una gruta de piedra ennegrecida; ese arte en que mil batallones caen y en que se prende un fuego en la noche hasta que todos los árboles del mundo se calcinan y hasta que todas las aguas arden en múltiples candelas y quedamos solos, pero con esa soledad que es sólo de la periferia; solos en la desnudez de ese cuerpo que amamos, de esa mujer que es tan nuestra, de esos labios que han ardid con nosotros. Pero yo a él lo veía todavía como tan disperso que, en últimas, no me quedaba otro remedio que limitarme a pasar mi mano por su hombro y sacudir su ondulado cabello negro.

XXII

Ustedes, mis queridos compañeros de manicomio, no son dignos siquiera de un dolor, no merecen siquiera la máxima tortura o el extravío de sus ojos sobre aquello que pueden mirar de lejos, como una contemplación casi inmóvil, pero que está destinada a perderse un día, u otro día; no importa, total ha de perderse. Y ustedes, como yo, no son más que ínfimas hormigas carnívoras en un desierto, sí, en un desierto poblado de pájaros y de montañas, pero desierto. Aquí no se puede copular con la niebla, aquí no se puede incestar con las flores; aquí sólo nos morimos sin percibirlo, mientras bostezamos, mientras vamos al baño, o mientras planeamos lo que haremos mañana.

¿Qué es nuestra galaxia sino una luciérnaga en el espacio? ¿Qué es nuestro amor sino una nadería condenada al destierro? Ella podría renacer mil veces y mil veces volvería a perderla; ella podría florecer de nuevo con su sonrisa de algodón perpetuo y, sin embargo, una vez más vería enmudecerse su boca y arder ese algodón en una hoguera de furia y de ojos extraviados. Y mil veces volvería la primavera y mil veces se secaría la flor entre mis manos. Es como si ella estuviera condenada a la muerte, y como si yo estuviera destinado a llevar su cuerpo rebanado entre mis dedos, manchado en sangre, deshaciéndose en innumerables silencios, magullado, aterido; como si su espíritu reclamara espacio y como si yo también estuviera condenado al destierro, a la tortura y la náusea. ¿Qué es esto que digo? ¿Acaso vivir no es una cárcel? ¿Acaso debería estar feliz si mis lágrimas vuelven a fundirse en el océano? Pero no, el día llega con su cara de betún y de carbones y más oscuro, más incierto es mi destino. A una distancia cuatro veces mayor de la que se encuentra Plutón existe un pequeño planeta al que le llaman Farout. Ojalá en ese planeta encerraran mi alma, allá en esa piedra fría donde nunca jamás llega el destello suave de peces luminosos, ni las llamas que se encienden en pueblitos ignorados, ni las palabras que vagan en el aire como cálidas caricias, ni la luz del Sol que hemos visto hundirse en el poniente como una gigante pelota del color de las mandarinas.

No todo lo que se quiere decir se puede decir con palabras, no todo el dolor puede expresarse con los gritos, ni toda la angustia con las lágrimas; yo, por ejemplo, todavía no logro decir la ausencia de sus ojos, es cierto; por eso a veces sólo dejo mi frente apretada contra la ventana y contemplo, casi que con ojos perdidos, la lluvia que golpea los jardines; entonces es hermoso si un viento más feroz que una horda de leones hambrientos se levanta debajo de la tierra y desarraigada, allá en la lejanía, unos cuantos árboles, y desparrama hojas en el

aire, y arrastra calzoncillos que aún lloran sus lágrimas impunes, y sábanas y cuerpos desmembrados como el humo. Y será más hermoso si una nueva guerra crece y agita todo lo que me queda de aire por dentro. Entonces yo aplastaría de nuevo mi frente contra la ventana para ver la manera en que la sangre de los árboles cortados mancha las piedras nocturnas y las plumas de la última paloma caen eternamente en un abismo sin fondo mientras que, afuera, la madre con su hijo muerto en la calle grita desesperadamente hasta que la angustia le borra los ojos. ¿Quién sería el culpable? Nadie ha de alzar la mano y decir con humildad: «heme aquí, presente». Las balas no son las culpables de ir a incrustarse en la piel inocente, además ellas no entienden de inocencia; ellas sólo viajan por el aire, y cuando el cansancio las invade bajan para guarecerse porque arriba hay miedo y asustan; entonces hacen nido en la piel y buscan sangre porque la sangre es caliente y los gritos son como una música, aunque sean de agonía. Y el sonido de tu orinar es música y tu sangre es óleo para esparcirla al nuevo amanecer sobre el alba desteñida, de modo que se cree una nueva gama de colores hasta combinar y recombinar todas las variaciones de natura, antinatura e infranatura. Los pinceles son los cuerpos y los muertos los pone la misma furia escondida que nos devora por dentro, el mismo movimiento peristáltico de todo nuestro yo en la sombra. Entonces, si ella regresara, viva, fugaz, rápida como la dicha, como en un destello, llena de una espuma desmemoriada, hasta sería capaz de desmembrar mi cuerpo y dárselo, con tal de que me recordara. Pero no, yo no necesito que ella me recuerde, por el contrario, ella es la que me deja a cada instante una sangre caliente entre mis dedos para que al fin un día no la olvide, para que me revuelque como una lombriz cortada en mil pedazos entre las lozas de este cuarto para locos, para que me arañe el pecho con rastrillos o con garfios hasta que mi dolor sólo tenga su nombre, hasta que se confunda con esta horrible pesadilla inacabable.

Y mientras todo esto acontece, y mientras el cuerpo desnudo y amoratado de mi adorable niña navega en el río y espera una nueva resurrección en la primavera, no me queda más remedio ni más escapatoria que volver a horadarme los ojos para ver la tarde enlutada de tormentas, o quitarme el pantalón para morderme las nalgas. Es mejor quedarse sin ver nada, es mejor recluirme en mi soledad y despellejarme poco a poco, a ver si poco a poco se consume mi existencia y me olvido de ese tiempo inmóvil de los relojes, más inmóviles cuando se desmayan y se quedan sin batería sólo para hacerme rabiar como demente y darse el lujo de dejar el cuchillo a medio clavar y el alambre de púas recién insertado en las pupilas. Yo no sé qué soles oscuros hay detrás de mí, ni qué aguzadas piedras tan pesadas como el remordimiento o la amargura trepidan sobre mi cabeza y sobre todo mi existir. No es posible perder dos veces al ser

amado sin que se nos vaya a la vida, sin que el aire se extinga, aunque los pulmones protesten con violencia por un instante antes de ceder ante el túnel luminoso. ¿He dicho túnel luminoso?

Sí, eso haré, desde mañana, o inclusive hoy mismo, comenzaré a hacer un túnel sin que ninguno de esos doctores, pálidos como la náusea, se dé cuenta. Sólo espero que aquellos que han estado a punto de morir no hayan sido más que unos farsantes y la historia del túnel sea cierta; entonces yo saldría corriendo hasta llegar al otro lado y ver a Mariam, descolgarme de su cuello y quedarme ahí con ella, en una inmovilidad perpetua, o sólo mientras el viento que insufla vida nos prepara para entretejer coyunturas y nervios para un nuevo amanecer sobre el mundo. Estoy hastiado de la vida, ya no quiero seguir con este blasfemo deseo de sobrevivir.

Es difícil seguir una secuencia blanca o negra en la vida, somos a cada instante el agua tibia, con mucho de demonio y con arrebatos de ángel; es como estar en un túnel de piedra transparente en medio de una noche de Luna llena donde el mundo es un plantío de cosas grises y donde hasta verla a ella es como ver una piedra gris en el camino, algo tan cotidiano y monótono. Pero un día, un día cuando termine de excavar dentro de la carne de la tierra y haya completado mi pasadizo de túneles, una luz se abrirá allá del otro extremo y me amarraré muy fuerte mis zapatillas antes de salir corriendo como un demente; esta vez sí, si no estoy loco, deberé volverme loco aunque sea de la dicha y correr como un desquiciado hasta llegar a ella; y cuando la haya logrado alcanzar y la haya destripado contra mi pecho, no sé qué voy a hacer primero, no sé si primero desmayarme o rociarme agua en la frente para que esté más limpia para el momento en que ella decida abrazarme y darme su «beso de trompeta», o para cuando decida decirme, sin previo aviso ni preparación alguna, a quemarropa, todo lo que me ama.

Hace calor, es cierto, mis poros orinan como viejos incontinentes y hay mucha humedad y tierra; de vez en vez oigo voces, no sé si es porque ya estoy haciendo contacto con el mundo de los muertos, o acaso es alguno de esos locos que hay allá arriba; sin embargo, me devuelvo por si alguien ha entrado en mi alcoba para chequear mi estado y ver la manera en que mi esquizofrenia empeora cada día y mi eterna enfermedad hipocondríaca se agudiza. A veces sí me hago el loco para que me sigan dejando permanecer aquí —debo permanecer aquí para construir mi túnel—, pero otras veces sí me entra una desesperación que me consume y no puedo evitar ver, como un primer espectador, la forma en que una fuerza descomunal y atroz se apodera de mí y me posee, hace mía su voluntad y no soy más yo, sino que soy otro, él, y el hondo dolor ya no crece más, sino que está todo en mí, y eso es lo que me enloquece, no el dolor físico,

sino la pena; de todos lados parecen venir flechas que me asaetean y se comen mi ser. Pero otras veces ya no estoy tan melancólico, sino cansado, cansado de vivir; entonces me vengo para acá y sigo abriendo este túnel de una forma tan frenética, hasta que me quedo dormido. Generalmente al otro día, cuando despierto, ya me encuentro mucho más tranquilo y hasta me parece estúpida toda esta actitud mía y prefiero pasearme por el prado y ver la cascada que hay a la entrada de este lugar. Sin embargo, ya he comenzado, y difícilmente doy vuelta atrás a lo que comienzo, a menos que se me impugne con razones imperativas. Los que nunca hacen nada nunca cometen errores, en cambio yo estoy expuesto cada día al escarnio y a la equivocación; ustedes dirán que estoy loco y errado en mis acciones, pero como quiera que no se me demuestra con argumentos irrefutables la razón por la cual debería desistir de trabajar en mi caverna, proseguiré hasta que halle una luz, hasta que una luciérnaga entre aquí como en una noche y yo comience a perseguirla.

—Doctor, ¿a usted le gustaría morir?

Pero él ya ni me mira con extrañeza; quizás ha completado seis meses y medio de labores aquí y ninguna idea, por retorcida que sea, puede inmutarlo. Yo le hablo en serio porque sé cómo lograrlo, conozco la técnica, y el infeliz quizás ya está hastiado hasta de su sombra, de sus uñas y de su estiércol que sólo se limita a seguir su camino como un autómatas; aunque, como quiera que yo estoy un poco fuera de sí es lógico que mis concepciones, por más ínclitas que sean, no parezcan creíbles para ellos, los que viven fuera de mí, y les parece como absurdo. Eso no me importa y, de hecho, es el menor de mis problemas. Lo que me inquieta, y no sé todavía, es si a él, para que muriera, le serviría recorrer conmigo el mismo túnel, o tendría que recorrer otro, o en el último de los casos, él mismo tendría que llenarse las uñas de tierra y sus poros orinar como viejos incontinentes. No lo sabía y esto me retorcía las vísceras, ¿cómo averiguarlo? ¿Y si le daba de garrotazos y una vez que estuviera inconsciente o medio loco lo llevaba al otro extremo? No, esto era demasiado arriesgado, y si en verdad se moría, ¿qué me garantizaba que habían sido efectos de atravesar el túnel o de la golpiza? Debía idear otra cosa. Y como una iluminación del cielo, algo vagó por mi cabeza.

XXIII

Se hacía llamar Estéfany, pero un día, en medio de las lágrimas, me confesó que ella realmente era Mariam, y hasta me reprochó diciéndome que si acaso ya no la soñaba en las noches, que si acaso el aire ya no me traía su perfume.

—Sólo mi cuerpo ha cambiado; ven, volvamos a casa —me decía mientras me tomaba la mano.

Obviamente yo no le creí, y menos si se trataba de una niña de trece años dedicada a ofrecer su joven sexo a cuanto samaritano se le cruzaba por el frente. No hace mucho que murió, y desde entonces este pobre ser que nada vale ha vuelto a ser el mismo infeliz de siempre, el mismo gusano solitario, el mismo fantasma. ¿Por qué hube de reconocerla a tan mala hora? Si yo hubiera sido consciente del sufrimiento que me causaría el perderla de nuevo preferiría jamás haberla vuelto a encontrar, jamás haberla vuelto a ceñir entre mis manos. La primera vez fue como hallar un pétalo y perder un dedo; ahora era como hallar un bosque y perder las manos, los brazos y las piernas, la sangre y todo lo que tuviera vida y fuera sensitivo. Yo preferiría jamás haberla conocido, jamás haberla hallado ahí, en la primera mesa de la cafetería, con su hermosa cabellera desatada.

Lo único que me brindaba un pequeño consuelo era Joseph, pero, por si fuera poco, hace unos días que se marchó llevándose lo poco que teníamos en la casa. Una tarde en que yo salí a pasear mi nostalgia con el pretexto de conocer un nuevo parque de atracciones que inauguraban en la ciudad, él aprovechó y se llevó el televisor, la plancha, unos cuantos electrodomésticos, ¡ah!, y ahora que lo recuerdo, mi cepillo de dientes.

Eso, aunque reconozco que no me hirió como la pérdida de Estéfany, sí me dolió muchísimo, inclusive no puedo comprenderlo; después de que lo recogí de entre el piso, casi moribundo, y lo acogí como a un hijo; después de que lo educé en las buenas formas y le di lo mejor de mí; no le importó en lo mínimo todo el sufrimiento de este pobre viejo y le añadió una herida más; él era un poco lento para entender las cosas, un poco tarugo, pero no imaginé que tanto. Ahora quién sabe adónde anda, en qué calles, en que fríos andenes, desnudo y con hambre. No pudieron darle mayor dinero por todo ello. Curiosamente él también tenía ese mismo anhelo que a veces a mí me asalta, sobre todo cuando llueve e imagino esos tendederos de barrio mecidos al azar, o cuando uno sabe que está lloviendo y siente ese frío que sólo se puede contrarrestar un abrazo. Una tarde me contó que cierto día, cuando era más niño y el aburrimiento le había llegado,

se había querido suicidar; por varios días estuvo meditando la manera de hacerlo y llegó a la conclusión de que se quería suicidar tirándosele a un carro de la basura; eso sí, de la basura, no de paletas ni de mercado, sino de la basura dizque porque con eso de una vez lo recogían y lo llevaban a su destino final. Tan pronto como escuché todo esto le pegué un coscorrón y lo reprendí severamente; no porque en mi fuero interior pensara que eso estuviera mal hecho, o que él no tuviera el legítimo derecho anticonstitucional de suicidarse, sino porque el muy imberbe parecía estar usurpando mis ideas, mi sentir, mi conciencia, y eso me pareció muy injusto; agarré el palo de la escoba para calmar mi ira, pero justo en ese instante, algo en mí se sublevó gritándome que castigarlo no era la mejor forma de corregirlo, que en vano me desfogaría en latigazos estériles, y que no debía desahogar mi frustración en un intonso arrebató de furia, y menos tomar represalias contra él, cuya vida había sido un eterno garrote con el cual había rebotado incansablemente; pero no sólo por eso, sino también porque mi conciencia se sublevaba contra mí mismo; es cierto que me acampan gentes, chamucos de la noche y de la niebla, pero tampoco podía dejar convertir en borrasca lo que era una simple gota.

Lo cierto es que yo estaba probablemente con la cabeza recostada en la mesa de madera que compré con Estéfany en una feria de cachivaches cuando escuché la voz de Joseph. Esto sí era el colmo de los colmos, se apareció diciendo que él no me había robado, sino que al verme tan agobiado por la pérdida de Estéfany él supuso que yo lo que necesitaba era una mujer, y por eso había vendido los electrodomésticos, para conseguir a alguien que quisiera darme cariño. Y sí, él había regresado con una voluptuosa mujer escasa de ropas que me miraba con ojos de lujuria y que hacía ademanes de que entráramos a fornicar hasta la saciedad, hasta el desmayo, y que tan sólo era que comenzara a copular como una yegua para que se me olvidaran mis estúpidas contracciones de parturienta, y que así proseguiríamos hasta que la carne ya no aguantara más y se desangrara; y si aún con esto no tenía para olvidar a Mariam, ella apelaría a las piruetas acrobáticas con que se había ganado el respeto y la admiración de todas sus colegas.

A mí sinceramente me dio lástima en ese instante, pero no supe si de ella, de Joseph o de mí mismo. Yo era un viejo, y sí, a pesar de la edad había tenido intimidad con Estéfany, lo que, por cierto, había despertado el enojo de todos cuantos lo llegaron a saber, ya por el chisme que crece como un globo, o por simple sospecha, o porque escalaban las paredes y por un agujero se asomaban a ver la manera en que yo la amaba. Y la amé por un momento, y la hubiera amado más si no hubiera sido por mi estúpida incredulidad y duda. Pero en esas gentes sólo habita lo inmundo porque en sus mentes sólo hay inmundicia. Es verdad

que encontramos a Estéfany semidesnuda, en medio de burdeles, lupanares de mala muerte, hetairas, meretrices, cortesanas, busconas, hostales con ventanas sin vidrios por donde salía una enorme gritería monosílaba, y hedores, y lujurias; pero todo había cambiado desde el día en que yo había llegado a su vida, o mejor, desde el momento en que ella había llegado a la mía; yo había vuelto a recordar lo que es una sonrisa, y ella había vuelto a ser una dulce niña abandonada en mi pecho; recuerdo que juntos solíamos ir a contemplar el mar nocturno que se enciende encima de nosotros y que una vez me tomó de la mano y me invitó a pasear por la despejada noche.

—¿Ves esa estrella? —Yo asentí.

—Te espero en ella —concluyó, y acto seguido se cerró en mis manos como un caracol cuando tiene sueño.

Aún no comprendo cómo pude ser tan estulto y no haber podido reconocer en esas palabras la presencia de Mariam. ¿Por qué la vida debe ser antropófaga, pero sólo devorarnos poco a poco? Ella ya no estaba y todo lo que tenía enfrente de mí era a Joseph y a la esbelta mujer que aún me mira con ojos de codicia. Al comienzo me recriminé por haber dejado que un niño extraño y ajeno a mí ocupara un pedazo de mí y se acomodara en un rincón de mi vida, pero luego me resigné un poco imaginando que era mi vieja manía, después de todo, el mar vuelve siempre al mar y el hombre, a menos de que un fuego secreto lo transforme, ansía su pasado y sus viejas adherencias reclaman tiempo, presencia; y uno, el pobre barro pensativo, es lo suficientemente frágil como para caer una vez más, así sea en esta o en otra. Esto pensaba yo para mis adentros, y lo pensaba no sólo por mí, sino por Joseph, y hasta le aconsejaba a las personas que nunca intentaran rehabilitar a un pordiosero ni llevárselo a la casa, aunque a esas personas poco o nada les importaba y simplemente seguían su camino.

Hoy que esto pasa se me revela una verdad más viva y abandono mi antigua idea; no por ello que el martirio no exista, sino que cada vez me siento más fuera de mí; Joseph me dice que no me vaya, pero para mí resulta una necesidad imperiosa recluirme en ese sanatorio que queda no muy lejos de aquí, no ya porque nadie me lleve, sino porque me doy cuenta de que en realidad se hace urgente; él tiene que entenderlo, yo necesito no pensar más en ella, es necesario borrar su recuerdo para que yo tenga al fin un poco de reposo, o para que finalmente me enloquezca hasta la muerte.

XXIV

—¿Qué tal doctor? —Digo en tono cordial, pero como cosa de rutina, me ignora.

—Muy buenos días doctora, ¿sería usted tan amable de ayudarme a coger esa paloma que está allá, debajo de esas ramas?

—¿Mejor por qué no coges los elefantes anaranjados que están en esa nube?

Es inútil pedir un favor aquí, hasta me parece que se burla de mí; no importa, como quiera que esa paloma me es de vital importancia para corroborar mi teoría y lo que mi corazón ya sospecha, habré de cogerla con mis propias manos así me amanezca cogiéndola.

Joseph vino ayer a visitarme; yo le dije que no se preocupara más por mí, que yo muy pronto estaría en otros prados, en la verdadera libertad. Él se consoló un poco y me dijo que bueno, que siendo así él estaría esperándome.

Hoy he estado trabajando duro como ningún otro día, pero descubro que la oscuridad es tanta que bien se puede apresar con las manos.

—Esto no está bien —digo.

Así que salgo; la noche se ha instalado en este sitio, la Luna se ha llenado por completo y comienzan a parpadear algunas luces en el aire. Entonces se me ocurre algo. Atrapo dos luciérnagas, luego tres y después otras tantas, las meto en una bolsa transparente a la que previamente le he hecho unos pequeños agujeros, de manera que ni se escapen ni se asfixien, y las cojo de linterna; son varias, de modo que cuando las unas se apaguen las otras se enciendan; luego desciendo, me hundo en la tierra y prosigo arañando su vientre, ya con las manos, ya con la pica que me robé del cuarto de herramientas. Ahora que digo herramientas, esto me acuerda de la cocina, que a propósito, está muy cerca. Hay una cocinera; yo creo que soy su preferido, y hasta me parece que le estoy cogiendo afecto; es como si ella supiera que no me gusta la carne y lo mucho que me gustan las habas; entonces no me sirve carne, sino que me trae un plato lleno de habas, bueno, a veces lleno de arroz o de algunas papas, pero eso no importa, lo que importa es el detalle; aunque a veces también me parece que me odia, se va al cuarto de herramientas, busca lo primero que se le atraviese y, con ojos de murciélago, mira a su alrededor, como si buscara algo, o a alguien. Yo estoy por ahí muy cerca, tratando de hallar la manera de robarme una pica; y cuando todo esto pasa yo me intimidado un poco, y a veces hasta siento que es conmigo. No importa, eso es sólo en los días en que me da la locura; pero generalmente, cuando estoy más cuerdo que nunca y sólo estoy cansado —

cansado de la vida— ustedes me pueden encontrar aquí, en mi caverna, la cual excavo día tras día con el vehemente propósito de sacar luz de las tinieblas, de llevarla al otro extremo y por fin liberarme. En este preciso momento estoy excavando, y siento que la humedad cesa y que la tierra es más suave, probablemente más ligera, es como si se estuviera desmaterializando; yo pienso que son los efectos del túnel y que la salida ya debe estar muy cerca.

Mi vida se ha agotado —pienso—. Pero también la luz de las luciérnagas se ha agotado y ya no alumbran más, miro hacia arriba y descubro que ya no es más de noche y que hay un agujero blanco que se ha formado en el extremo superior del túnel. Estoy feliz, bien podría apresar el mundo en el paréntesis de mi sonrisa; ahora no hace falta sino ir corriendo a mi alcoba y traer la paloma para ver qué tal sale el experimento. Si vuelve es porque esto del túnel es una mentira y en vano he pellizcado la tierra con el sudor de mis manos, pero si no regresa es porque, de verdad, algo nuevo habrá sucedido; entonces comprenderé que sus funciones vitales han cesado y que ya no es de este laberinto, sino que ahora vuela, tiene vida.

XXV

Ahora que me dirijo a casa en compañía de Joseph todo me es tan confuso y me parece tan añejo. No sé, pero hay épocas de la vida en que al corazón le dan ganas de olvidar y ya no quiere envenenarse más con fútiles recuerdos. No es posible olvidar, es cierto, pero sí perdonar, no aferrarse, dejar al agua del río fluir sin que nos envenene. Yo, por ejemplo, recuerdo la mañana en que encontré a Estéfany después de buscarla toda la noche; ella estaba desnuda, tirada en unos pastizales y con terribles moretones por todo su cuerpo, como si la hubieran matado a golpes. Y cuando levanto su pequeño y frágil cuerpo para dejarlo flotar sobre las aguas con el propósito de que lo arrastren y lo lleven, no puedo dejar de llorar, de ser un primitivo hombre lleno de pieles franqueables, que está también desnudo y que deja mecerse por las mareas de su llanto.

Y a pesar de todo continuamos caminando, casi sin advertirlo, llenos de sudor y de callos. Yo estiro mi mano para ver si puedo apagar el sol, pero es imposible; ahora más tarde se encienden las estrellas y hasta se puede oír el quejido de los lobos. Uno, que no es salvaje, también puede aullar; uno, que si acaso es inofensivo, también puede convertirse en un lobo antropófago y matar a una niña de trece años; uno también puede convertirse en una piedra, en una raíz amarga, sin origen ni destino, un metal muerto que no florece. Tengo que olvidar a Mariam —es lo único que sé—, aunque por momentos se me olvida mi propósito y ella llega como de lejos y comienza a vagar por mi memoria; por fortuna algún pisotón de Joseph me saca de esa irrealidad y me recuerda que es de noche, que hemos caminado hasta la extenuación y que si él me pisa es porque se tambalea de un lado al otro a causa del sueño que lo invade. No dice nada y eso me consuela en parte; yo le he enseñado que a veces hay que hablar aunque se hiera, y que a veces hay que callar para no herir. O ¿será que él ahora calla precisamente para no herirme? Yo también le he enseñado que conmigo puede ser abierto y decirme las cosas en la cara, y que si acaso a mí no me gusta, él ya es todo un gigantón y podemos solucionar el problema dándonos una buena zurra. Pero no solamente le he enseñado eso, también le he instruido en ser un muchacho precavido y le he inculcado que cuando salga de viaje siempre lleve cobijas. Obviamente yo también soy precavido y por eso vengo con él, no traigo cobijas, pero sí un fusil por si de repente dicen que de nuevo ha estallado la guerra. El viento ya no corre hacia el occidente como otras veces, sino que se esparce hacia todas partes, como si hubiera extraviado el camino; quizás sufre de amnesia y por eso se enreda en la copa de esos árboles.

Joseph y yo nos quedamos oyendo el himno funeral de los lobos por un instante, y después nos vamos a descansar, tendemos las cobijas y nos arropamos; el aire es fresco y muchas estrellas ya han comenzado a caer al final de su elíptica.

—¡Ojalá estallara la guerra! —grito de súbito.

Sin embargo, me acuerdo de los ojos cerrados, de los quejidos y del dolor de una mujer cuyo hijo yace muerto sobre el pavimento; el menor de tres, porque yo hui de allí buscando esconderme de la miseria, y la mayor se murió un año antes ahorcándose con sus propias sábanas. Me acuerdo de todo ello y me arrepiento de decir semejantes cosas y abrazo a Joseph.

Mañana será un extenuante día, pero sin duda a eso de las cinco y media de la tarde ya habremos llegado a la ciudad vecina, a mi casa próxima a la alameda y la calle adoquinada.

XXVI

Esta mañana, muy de madrugada, me levanté, me puse las chanclas café que usualmente dejo a un lado de la mesa de noche, busqué la toalla y me fui a la ducha; hacía algo de frío, pero sin darle tiempo a mi hidrofobia para que se despertara —quizás ella sí estaba todavía en la cama, y acaso soñando que hay un incendio y que el verano ya viene con sus tropas de césped chamuscado—, abrí la ducha, me jaboné, y por último y antes de terminar de bañarme, se me ocurrió que el año nuevo no podía llegar sin que algo nuevo y trascendental pasara en mi vida. Cogí un recipiente que había cerca, lo llené de agua, y con suprema reverencia y recogimiento, inmergí mi falo en el agua con el firme propósito de bautizarlo; advoqué la bendición del altísimo, y tras unas aspersiones de agua sobre la cabeza, le puse el nombre de Rey de Reyes y Señor de señores, Redentor de mi mundo. También, acto seguido, lo bendije en nombre de las tres personas y lo ungué con aceite de suerte que, como ahora está santificado y ha quedado más bendito que una hostia, sólo ha de servir para propósitos dignos. Luego me vestí una camisa lila y un pantalón negro al buen estilo italiano y me dispuse a ver la televisión.

Me sorprendió con desagrado unas noticias en las que se mostraban imágenes de alguien que había sido condenado a la pena capital —de hecho estaban mostrando el cadáver—, y más aún, que el argumento para tal acción era que él también había hecho lo mismo. Me sorprende que todavía estemos en una época de caníbales camuflados, donde se mata legalmente y donde asesinar es lícito según las circunstancias. Yo sé que el odio es enorme, bien sé que nuestro corazón se hace tan amargo, tan lleno de veneno que todo alrededor se hace ínfimo, pueril y anodino. Y, sin embargo, uno hasta comienza a entender, después de los años, que quizás esa no sea la decisión más correcta.

Hace tiempo que perdí a Mariam, y no sé si es que el tiempo todo lo cura o que me fue dada una extraña capacidad de olvido, pero ya no quiero la tortura para el asesino, sino un escondido ímpetu que me llene de valor para seguir adelante. Con querer vengarme nada gano; con anhelar revancha sólo delato un oscuro sentimiento no resuelto dentro de mí. Con devolverle la flecha al que me ha asaetado sólo logro que otro me persiga con sus armas y su furia y su odio. Con matar al que mató a Mariam no me hago mejor ni la revivo. Y si me como el odio me enveneno, y si lo lanzo hago una masacre. Por eso a veces prefiero perseguir a mi propio odio y enterrarlo en una tumba de donde no resucite. Y si aún me queda algo de paz y de reposo, me aferro a ello y con eso le hago frente a

las mareas agitadas de mi sentir y de mi pensamiento. Claro que eso no siempre resulta tan fácil, y en ocasiones me quedo como abandonado a lo lejos, lleno de una desolación tan indecible; entonces quizás, si me la mataran de nuevo, nuevamente me vestiría de odio, de una fiebre tan espantosa que enloquecería y hasta volvería a una casucha triste. Quizás para ese tiempo también me sacudiría una cólera tan mía que, sin vacilaciones, me aunaría a esos que en este preciso instante le están poniendo la soga a su víctima. Mira, están repitiendo las imágenes; por un momento hasta respira, pero por otro momento ya no utiliza más el aire y saca la lengua como queriendo hacerle muecas a sus verdugos... al fin se muere. Se muere y eso me hace evocar mi propia naturaleza y pensar que este que ustedes ven y palpan, un día habrá de despedirse de la vida, de diluirse imperceptiblemente en la amnesia que el tiempo nos da en herencia.

No he conquistado todavía la eternidad, no estoy cerca en absoluto de hacerlo y eso explica el hecho que piense de esta manera; no obstante, me curo de problemas, y para que los gusanos que eventualmente estuvieran esperando por mi carne putrefacta se vuelvan vegetarianos, he dado órdenes precisas y exactas de que me quemen; y si no hay dinero, que me desmiembren, que cojan mis partes a manera de leños y hagan con ellos una hoguera; no importa que con esa hoguera no se cocine una deliciosa cena o un pavo relleno para la navidad o el año nuevo, no importa si los leños se apagan y tienen que comérselos a cambio de cena; lo que importa es que ya previamente he pensado en todo ello, en cada una de las posibilidades, y que también ahora no se me hace la muerte como algo lejano ni tortuoso, sino como una posibilidad latente a cada instante.

Ya ha acabado el avance de noticias, y aunque lo que ahora están presentando es el avance de sucesos deportivos, debo reconocer que el filme en mi cabeza no termina, todavía me queda en el pecho una inquietud tan horrible.

XXVII

Hace bastante tiempo que traje la paloma haciendole el recorrido por toda esta húmeda caverna y la aventé por la salida, allá en esa claridad. No ha vuelto y yo comienzo ya a impacientarme de formas brutales y felinas, rasguño mis piernas, golpeo mi pecho y no hallo la hora de ir también hacia la claridad y la vida. El experimento es contundente y no hay lugar a dudas; es cierto, todo lo que dicen los moribundos y los que han estado a punto de morir no es infundado; hace horas que lancé la paloma hacia el otro lado del túnel y no ha regresado, se ha ido para siempre, la luz al final del túnel se la ha comido; no puede ser de otra manera porque entonces estaría aquí, revoloteando por todo lado y hasta echando cagarrutas en mi hombro.

Por un segundo vacilo, no sé si devolverme y contarle mi descubrimiento al mundo, o salir de una vez al otro lado. Si me devuelvo podría quedar como un héroe, pero a mí jamás me ha interesado convertirme en tal, y además, por otro lado, no había reparado en que yo no me encuentro en un prestigioso centro académico, sino en un hospital de locos. ¿Qué dirían acaso? No, no dirían nada, la risa no les daría tiempo para pensar ni decir nada, aunque tenía todas las pruebas del caso; por ejemplo, estaba la paloma que, bueno, no estaba, pero era precisamente ese hecho lo que convertía mi experimento en algo verídico, irrefutable y matemático; también tenía la pica que me había robado del cuarto de herramientas, las uñas de las manos repletas de tierra, y como si ello no fuera poco, un agravante irrefutable: si indagaban en el piso del túnel, valiéndose de equipos y métodos, podrían descubrir una humedad que, con los ulteriores exámenes de laboratorio, arrojarían el resultado último y dirían que era sudor, mi sudor, lo cual es indicio claro, incontrovertible y fehaciente de que yo había estado ahí; y si resultaba que no era sudor, sino orines, igualmente; eso probaba que yo había estado ahí y que tomaba mucho jugo de tomates y de guayaba con leche de cabra recién parida, y que luego me iba a mis labores, a mi arduo bregar bajo la tierra, hasta que no aguantaba más y tenía que desabrocharme el pantalón y orinar todo lo que podía a la vez que daba un suspiro de descanso casi celestial. Sin embargo, una cosa es la razón y otra las ganas; yo estaba ahí, al borde de un precipicio en que las cosas no caen, sino que quedan suspendidas; y si acaso caen, caen hacia arriba, llenas de alas y de luz. Al diablo con mis insulsos deseos de patriotismo, yo estaba a punto de cruzar el túnel y Mariam acaso ya me esperaba, impaciente, con un tulipán brotando de su vientre herido y con los brotes de los pinos creciendo por todos los bordes de su cuerpo

magullado; en pocos instantes volveríamos a estar juntos, y yo volvería a decirle que el universo es suyo porque cabe en su mirada, porque sus ojos son grandes y bellos como la niebla.

En eso estaba cuando se me ocurrió una última idea: llevarle flores. En mi alcoba no había, pero podía ir al jardín o al lado de la cascada, y mientras los demás se dedicaban a sus quehaceres o a su esquizofrenia diaria, yo arrancaría unas cuantas flores para llevárselas a Mariam.

—¡Ey! ¿Para dónde cree que va con eso?

Yo quedé estupefacto y como mudo. Es increíble, cuando uno les hablaba, les preguntaba algo o les pedía algún favor, ellos no contestaban nada y seguían su camino, ignorándolo a uno por completo; pero vaya uno sigiloso, sin decir nada y ahí sí lo ven y lo determinan. En todo caso no supe que decir y me encogí de hombros.

—Así que no sabe. ¡Ustedes! Sí, ustedes —dijo al tiempo que con la mirada señalaba a dos jóvenes robustos que iban llevando a un inválido.

—Vengan y le ayudan a este paciente a recordar algunas cosas.

Los dos consabidos enfermeros vestidos de ropajes verde claro y zapatos blancos dejaron a mitad del patio al inválido en silla de ruedas que gritaba como loco que quería ver a su madre, probablemente una anciana desmuelleada que viviría, según mis cálculos, en dirección noreste y a unos dos kilómetros de aquí porque realmente los gritos eran muy estridentes y retumbaban como un tambor de circo en mis oídos. Inmediatamente y sin ningún tipo de vacilaciones los jayanazos se acercaron a mí, me asieron por las manos y me llevaron a un cuarto de una luz difusa y bastante abigarrada donde me amarraron a una camilla hasta que les hube confesado para qué quería las flores, mis ansias locas de descansar y volver con Mariam, ¡todo! ¡Todo! La pica, mis orines, la paloma; es como si la vida quisiera burlarse de mí y, por si fuera poco, como si quisiera tenerme todavía ahí, amarrado, suspendido en una cuerda donde todo es peligroso, mirar hacia arriba, hacia abajo, retroceder, abrir las alas; sin embargo, en cierto momento, en cualquier momento, les dio por soltarme y dejarme ir, eso sí, sin los geranios que fueron a dar al pipote de la basura.

En el fondo de mí me sentía feliz, después de todo les había confesado mi secreto. Ahora, cualquiera que lo deseara, podría venir en pos de mí y viajar a un sitio donde sus miembros ya jamás pueden sentir fatiga ni cansancio, a un lugar donde no vuelven a tener hambre ni sed. Pero en cuanto a mí era diferente en esos instantes; yo sí me sentía fatigado con el corto trayecto que llevaba recorrido, pero comprendí la necesidad de avanzar más; entré a mi aposento, corrí la cama y quité el tapete que había debajo de ella; una vez entré en el túnel, respiré aliviado y comprendí que no habían creído ni una sola de mis palabras.

¿O las habían creído?

Por un instante solté una ínfima risa, me pareció irónico el hecho de que no alcanzaría a adjudicarme la patente de mi experimento; también era indiscutible que habría una descomunal controversia por tratar de establecer si mi método era inmoral, si constituía una forma de suicidio o algo parecido; y quizás después de mucho tiempo dirían que el que quisiera hacer uso de él estaba en su constitucional derecho de hacerlo, pero eso sí, no sin antes pagar al gobierno cierta cantidad de dinero a manera de impuesto por el usufructo del túnel — dinero que probablemente serviría, además de fomentar métodos encubiertos de estrés y campañas pro-aburrimiento, para que las estériles pudieran tener mellizos, trillizos y hasta tetrallizos—.

Todo era inútil. De nada les serviría sus anodinos esfuerzos por encontrarme. Allá, arriba, podrían revolcar todo, y cuando me buscaran y encontraran mi pasadizo, que por el ruido que se oía delatando la desesperación por hallarme, sería dentro de muy poco, yo ya estaría lejos de aquí. No había tiempo que perder, y con una determinación que no recuerdo haber tenido en otras ocasiones, avancé denodadamente a través del túnel, y cuando hube llegado di media vuelta para otear por vez última mi laberinto de tierra antes de desaparecer; me acaricié la menuda barba y me dispuse a pasar al otro lado, me acurruqué, me hice el pequeño y, a como pude, estiré un brazo para agarrarme de algún lado y de este modo poder ayudarme a salir, pues la luz de mi túnel no provenía de forma horizontal, sino vertical; y no tenía que caminar para salir, sino por el contrario, como alargarse para tratar de salir de un hoyo. Y apenas terminé de salir me sacudí un poco de tierra que me había entrado en un zapato y me incorporé.

En un comienzo se me hizo difícil abrir los ojos por completo debido a la mucha luz que me cegaba. Cuán diferente era estar aquí que en ese túnel oscuro donde, con mucho esfuerzo, lograba ver mi mano para corroborar que mis dedos estaban completos, que aunque me estaba desintegrando en vida, no se me había comenzado a caer la piel a rebanadas. Aquí era diferente. Sin embargo, cuando las pupilas se me comenzaron a hacer pequeñitas y los ojos se acostumbraron a la luz del sitio, se me hizo conocido, pensé que quizás era así y que la diferencia radicaba en que yo ya era un espíritu; ahora sólo era cuestión de preguntar dónde quedaba el cielo para irme para allá y preguntar si Mariam andaba por ahí; lo más probable era que sí porque ella era muy buena y hasta solía recostar mi cabeza entre sus piernas y acariciar mi tupida cabellera oscura.

Caminé buscando la vereda más cercana, y una vez llegué a un ancho camino, troté un poco hasta que sentí que me faltaba el aire... estaba fatigado; esto se me antojó demasiado extraño, no tenía por qué fatigarme ni sentir sed; mi

mente cavilaba tratando de comprender, pero ¿cómo? ¿Con qué argumentos? Hice un esfuerzo por apaciguar mis pensamientos y dedicarme en exclusiva a buscar a alguien a quien le pudiera preguntar. En una casita, a lo lejos, pude ver a una mujer de tez curtida y ropas desvencijadas pegándole a un niño; yo me acerqué para tratar de ver de qué se trataba. En esto llegó un señor y comenzaron a discutir.

—Bájese de esa nube, este es el mundo y la gente tiene hambre, se muere y ¿a quién le importa? —Reprochó el hombre, probablemente su marido.

—Pero es que eso no se hace, y cuando se hace pasa lo que pasa, entonces sí, la gente se muere; ¡mírelo, sólo tiene once!

—A mí no me venga a decir lo que tengo que hacer o no —la agarró con violencia de un brazo y la empujó.

—Y usted cálese —le habló esta vez al niño que desde hace un tiempo había prorrumpido en llanto.

—No entiende nada, maldita sea —replicó una vez más y se marchó dando puntapiés y renegando.

Me dio lástima, intenté acercarme a ver qué podía hacer por ellos, pero reaccioné.

—¿Dónde estoy? —Me pregunté.

«Este es el mundo y la gente se muere». Me pellizqué tan duro que parecía que tuviera el corazón en el sitio del pellizco. ¡Esto no podía ser! ¡Malditos! No era cierto, ¡malditos! ¡No era cierto! Los muy infelices habían mentado.

XXVIII

Debió ser una cagada psicológica. Yo estaba en mis quehaceres diarios cuando comencé a sentir una congestión que se iba apoderando poco a poco de mis intestinos, de suerte que yo pensaba que, de seguir así, hasta podría montar una fábrica de mierda. No resistí más, dejé a un lado los pinceles y me dirigí al baño, me bajé el pantalón y, sin tiempo para sentarme en el retrete, comencé a pujar; bueno, no propiamente a pujar porque inicialmente me pareció que mi estiércol saldría de una forma tan rauda que sólo tendría que esperar a que mis intestinos quedaran vacíos. Sin embargo, me di cuenta que no salía nada, y entonces, de veras, me tocó ponerme a pujar. Hasta ahí todo iba bien, inclusive sentía cómo salían las tiras de verduras transformadas y de un color rojizo, posiblemente de la sobredosis de remolacha. Pero la sorpresa me la llevé cuando fui a bajar la cisterna, ¡no había nada! ¡El retrete estaba vacío! Me conformé entonces con virar la perilla y salir del baño con olor a nada. Tiempo después me acordé que ese día había estado tan ocupado que no había tenido tiempo de almorzar y que, para contrarrestar los chirridos de mi estómago, me había imaginado comiendo unos filetes enormes de carne, ensalada, verdura fría y demás comestibles preferidos de mi gastronomía. ¿Será que había tenido un almuerzo psicológico y por eso ahora tenía una cagada psicológica?

No me entretuve más en pensar en esos menesteres y me asomé a la ventana para ver si lograba atalayar en la lejanía a Joseph —recién había llegado del colegio y había salido rápidamente diciéndome que ya volvía—.

—Buenas tardes Periquito —le digo al hijo menor de Perico de los Palotes que va pasando justo por el frente.

—Buenas tardes gusano, hijo de perra.

No sé, pero intuyo que me odia, se nota en el gesto de su rostro y en su dedo índice tocando repetidamente su frente mientras me mira y se aleja. Que yo sepa no le he hecho nada. A Perico padre sí le hice cosas muy feas, pero ya me arrepentí y ya le conté al cura mis delitos; incluso he ido a recibir las hostias que dan cuando ven que a la gente le comienza el hambre; por aquí tengo dos del domingo pasado porque volví e hice la fila y me las guardé en el bolsillo del saco.

No sé si será porque ya está muerto, pero hoy puedo decir que no lo odio; quizás ya no podría. Además el odio no es bueno, nos amarga la vida y nos enferma. Es una frustración el hecho de que no pueda abrazar a mis enemigos, no porque yo no quiera, sino porque son ellos los que se sienten ofendidos con el

mero hecho de que yo no los odie y hasta los mire con amor, con el mismo aprecio con que miraría a un hermano.

El problema es que no sé si el amor existe; yo imagino que debe existir, en algún lugar o en alguna época remota del pasado o del futuro, pero debe, tiene que existir. Y si existe debe ser eterno. Pero entonces ¿por qué parece que viniera con fecha de fabricación y vencimiento? O quizás lo que sucede es que no hemos despertado al amor verdadero y que sólo sentimos fugaces emociones; pero quizás un día podría despertarse de su sueño y convertirse en mariposa, y luego en aire, aunque se trate de nosotros, de nuestra agrietada piel cansada de la vida, del frenesí o de la risa, repleta de bullicio y de oficinas, de bellas secretarias que se ponen más hermosas a la una de la tarde —a la una salen el jefe y el gerente a almorzar—, de niños huraños o de la monotonía diaria.

—Que le vaya bien Periquito —digo con cierto tono de resignación y como un reflejo tardío porque él ya va doblando el camino.

Me quedé como inmóvil junto a la ventana durante algún tiempo hasta que el sonido de mi estómago pidiendo comida me obligó a ir a la nevera a buscar algún rezago de comida. De esto hace ya varias horas y creo que la sensación en mis intestinos no son de una cagada psicológica. Lo que sí parece psicológico es el grito que escuché un poco después que Periquito se perdió en la lejanía.

Ya es de noche y Joseph nada que regresa.

XXIX

Hijo, cuando la nieve cae lo hace porque está cansada, entonces cae, se suicida hasta que no existe más, hasta la alborada que la derrite como a un odio. O a veces también una multitud se inflama con llagas hacia adentro, y cae sobre la alcoba y como la nieve; pero cae con armas y con fuego, con obuses que pasan al igual que la nicotina. Pero tú no atiendas a su llamado y quédate inmóvil, lejos de la inanición y la barbarie. No, no cojas el fusil, este fusil que caerá al río justo cuando avancemos a esa hondonada y pasemos por sus aguas; que cese tu ímpetu nocturno de granadas y de sangre, ¿qué te quedaría en las manos? ¿No sería mejor quedarte y besar los labios que adoras? Y en ese amor matar tu propia guerra para que en ti haya paz. Pero no puedes irte para protegerla, ni proteger a tus hijos, ni alimentarlos con las balas que silban en el monte, con la sangre que baja de entre las hojas de los árboles muertos y manchados de insomnio.

Hijo, una vez nos bauticemos en esas aguas que te digo, dejaremos atrás nuestro pasado, nuestros afectos, apetencias y temores, y yo renaceré como un espíritu. Y cuando vuelva Mariam, y si acaso he muerto, podrás llegarte a ella y descender a tu propio mundo soterrado, allí donde es preciso empuñar la espada y degollar a todas esas gentes sucias, hasta que el corazón quede tranquilo. Ven, dame también las balas y ahora prosigamos. ¿Ves esa montaña azul aún por la distancia? Detrás de esas torres hay una llanura y una ciudad llena de muchas gentes, tú ya la conoces; yo vivo en la parte de los parques y tengo un perro: Aldebarán, que si no estoy mal es ese que viene ahí con ojos felices; al comienzo le daba por ladrar hasta altas horas de la noche y abalanzarse sobre mí y lamerme por todas partes, esto me incomodó mucho y por eso le corté la lengua con esta navaja; es por eso muy natural que ahora sólo bata la cola y se limite a revolcarse por el piso como una lombriz. A propósito ¿ves esas nubes que vienen allá, cargadas de agua?

—Si pá.

—¿Trajiste la sombrilla?

—La dejé en el río.

—¿Y las cobijas?

—Las quemé en la hoguera.

No importa, ya casi llegamos, hasta me parece que ya no hay césped ni árboles, y que ese sonido no es de los lobos, sino de las bocinas, y que el suelo se ha endurecido; inclusive esas torres altas no son montañas, sino edificios.

Hijo, hemos llegado; realmente no lo hubiéramos hecho así de rápido sin la ayuda de Aldebarán, hasta diría que escucho los pasos de Mariam que se acerca.

XXX

Me desperté; por un momento me pareció extraña esta soledad tan repentina, me incorporé y avancé hacia la sala; pude corroborar que, de hecho, sobre una silla del comedor había una maleta con unos cuadernos afuera y un lápiz a punto de expirar; a un lado y sobre la pared, ya con signos de deterioro y vetustez, estaba el mural; me quedé contemplándolo hasta que el café hirvió. Reparé de nuevo en el colgante que ella llevaba en el cuello. Indudablemente era la misma que tiempo atrás había apretado entre mis manos a la vez que me acercaba a su piel para amarla y que ahora, definitivamente, había perecido.

Recuerdo que cuando regresamos Ilenia estaba con un cáncer regado por todo el cuerpo, y solía quejarse de terribles punzadas en el estómago, posiblemente originadas por una veintena de puñaladas que alguien le había propinado años atrás —ella no hacía sino recriminarme por ello, aunque un buen día dijo que ya me había perdonado y no volvimos a hablar de ello jamás—. Sea como fuere, lo cierto es que yo puse toda mi diligencia e hice todo lo que estuvo a mi alcance para que los médicos pudieran hacer algo por ella, pero todo fue inútil, a los pocos días murió.

Parece que después de todo sólo sobreviven los recuerdos. Yo, por ejemplo, recuerdo que era niño y mi mamá corría defendiéndome de las atrocidades de mi padre; recuerdo también que una vez, cuando ya era volantón y podía cogerme los panes de la alacena sin necesidad de poner taburete, me dio por enterrarla para que no sufriera más; creo que el único error que cometí en esa ocasión fue tratar de enterrarla viva porque, de otro modo, no hubiera llamado a mi hermano para que la auxiliara. Recuerdo también una cara hermosa como la bruma emergiendo de la primera mesa de la cafetería, con el hechizo escondido bajo sus ojos y destinado para mi mundo; era ella, la mujer que había llenado de alegría mi vida y que había sido como una última luciérnaga; yo creo que cada uno de nosotros tiene a una Mariam en su vida. Y aunque todavía la amo, a veces hasta me parece que estoy comenzando a soportar las tardes sin ella pues, como digo, después de todo —pero después de todo— sólo sobreviven los recuerdos. A veces hasta me parece un sacrilegio el hecho mismo de que nuestro corazón sea sólo un triste navío expuesto a la voluntad de un mar que lo lleva donde quiera que se le antoja, una montaña rusa que se experimenta en cámara lenta y que parece que nunca fuera a terminar. Uno se hace viejo y no le queda más que eso: recuerdos; yo, por ejemplo, recuerdo que he dejado la estufa prendida, que huele a cafeína chamuscada y tengo, inevitablemente, que ir y evitar que el estado se

agudice tanto que pase del olor al humo.

No hay nadie y eso me es un poco extraño, confuso. Incuestionablemente es día de Navidad y yo salgo —ahora sí salgo, no me quedo mirando por una hendidura de la ventana— a contemplar los juegos pirotécnicos. Aquí hay un parque cerca y es ahí donde se ve que suben y explotan en mil colores y formas. A esta hora todos deben estar en sus casas, con sus familias, comiendo una deliciosa cena y alistando los regalos. A mí todo esto se me hace muy extraño porque, no hace muchos años estas calles eran la algarabía y el desfile de ojos hacia el cielo, hacia las luces sonoras de colores... cómo cambian las cosas.

Todo esto me sigue pareciendo muy raro y prefiero caminar unas cuantas calles —solitarias por cierto— y dirigirme hacia el parque, presumo que debe haber muchas caras, y bullicio, y risas. Es extraño, aquí no hay nada, a lo sumo un par de policías que me miran, que se dicen algo entre ellos y se dirigen hacia mí. Yo no tengo nada que ver, a mí que me esculquen; yo no he hecho nada malo, y como quiera que no tengo remordimientos de conciencia, prosigo mi camino hacia ninguna parte. ¡Allá viene Aldebarán! Qué bueno. Esta noche es hermosa y está absolutamente estrellada... Es indiscutible que todo esto no hace sino que piense en Mariam; quizás dentro de no mucho tiempo logre juntar nervios y sangre para otra existencia y yo tenga la alegría de volver a tenerla aquí, junto a mí. Entonces sería hermoso ver la manera en que el cielo se llena de muchas más estrellas y el viento se enreda en su cabello tibio. Pero no está, no hay nada, inclusive Aldebarán siguió su camino; es como si no hubiera advertido mi presencia o como si quisiera desquitarse porque esta mañana le demoré su desayuno.

Es tan extraño todo esto, oigo unas sirenas.